

ESPERANZA ETERNA



OSVALDO REBOLLEDA

ESPERANZA ETERNA



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Escrito totalmente en: **Glendora - California**

Ministerio: **Kingdom Center**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

| | |
|---|-----------|
| Introducción..... | 5 |
| Capítulo uno: | |
| Despertando la esperanza..... | 10 |
| Capítulo dos: | |
| La esperanza que no avergüenza..... | 29 |
| Capítulo tres: | |
| La victoria final sobre la muerte..... | 44 |
| Capítulo cuatro: | |
| Vida de resurrección..... | 58 |
| Capítulo cinco: | |
| La esperanza de Su regreso..... | 75 |
| Capítulo seis: | |
| El misterio del milenio..... | 93 |

Capítulo siete:

Esperanzados por la verdad eterna.....111

Reconocimientos.....127

Sobre el autor.....129



INTRODUCCIÓN

“A quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”.

Colosenses 1:27

Vivimos tiempos en los cuales, a las personas, les cuesta mucho sentirse optimistas, y aunque eso puede afectarnos, incluso a los cristianos, hay algo que no podemos dejar de tener, que es la esperanza. Sé que muchas veces se usan estos conceptos bajo el mismo sentido, pero lo que realmente expresan estas dos palabras son cosas diferentes.

El optimista confía en que todo lo que vendrá será mejor, y en que hay que pensar positivamente, para que los pensamientos de ese tipo se materialicen, pero los hijos de Dios caminamos en fe, no en un simple entusiasmo del alma. Nosotros somos conscientes de que algunas situaciones anunciadas proféticamente respecto del mundo, simplemente ocurrirán, y que, por cierto, serán muy difíciles de afrontar.

Sin embargo, también sabemos que viviendo en la persona de Cristo, tendremos la capacidad de superar cualquier adversidad, hasta alcanzar, lo que sí sabemos, será un futuro glorioso. Esto no con simple optimismo, sino con

la certeza de la fe, y la esperanza gestada en la dimensión de la eternidad.

En cierta manera, la esperanza y el optimismo son casi irreconciliables, en el sentido de que la esperanza acepta el dolor, mientras que el optimismo procura negarla. El optimista espera que los vientos cambien, pero quienes tenemos esperanza, debemos avanzar aún contra el viento, sabiendo que nuestros pasos no son en vanos, porque por ellos alcanzaremos el remanso de un día mejor.

Tener una actitud despreocupada, no significa vivir en fe, porque los inmovibles, pueden ser simples ignorantes; en cambio, la fe, nos hace completamente conscientes de lo que vivimos y de lo que debemos enfrentar.

En la esperanza, caminamos hacia metas difíciles, pero no imposibles, porque nuestra esperanza es Cristo. Asumimos los costos, trabajamos o incluso luchamos por alcanzar el propósito eterno de Dios. No caminamos distraídos, ni ajenos a los acontecimientos mundiales, observamos, damos lectura, inquirimos en la sabiduría espiritual y avanzamos con fe.

La esperanza proviene de esperar, pero no es pasiva. En la fe, solamente pueden esperar quienes lo hacen de manera activa, comprometida, y que son capaces de nombrar, definir y describir claramente aquello que esperan. Quienes caminamos con esperanza, somos protagonistas de la vida, tenemos metas, y como cristianos, no andamos haciendo

caminos nuevos, sino viviendo en el camino preparado por Dios, el camino llamado Jesucristo (**Juan 14:6**).

Los hijos de Dios, tenemos un objetivo, un propósito que nos impulsa, algo concreto que esperar. La Biblia nos habla lo suficiente de lo por venir. Tal vez, nos gustaría que nos enseñara mucho más de aquellas cosas consideradas como un misterio futuro, pero debo decir que Dios es sabio, y Él no nos ha entregado poco, ni demasiado. Con lo que tenemos de información, nos debe alcanzar para vivir en esperanza eterna.

Este libro nos ayudará a posicionarnos, comprendiendo la gracia recibida en Cristo. Nos otorgará herramientas para asumir lo inevitable de la muerte, con la esperanza de aquello que Dios nos ha prometido para el futuro, la resurrección de los muertos, la segunda venida de Cristo, la plenitud del Reino durante el milenio, y el resplandor que podemos divisar en la Palabra, sobre una tierra nueva y un cielo nuevo, donde morarán la justicia y la verdad.

Lejos de alimentar un simple pensamiento positivo, este libro alimentará la esperanza, exponiendo un conjunto de creencias reales, basadas en la Palabra de Dios. Esto no despertará un simple optimismo emocional, sino que desatará una verdadera visión espiritual del futuro. Visión que, por cierto, impulsará nuestros esfuerzos para lograr un porvenir mejor.

Cuando los tiempos son sombríos, el mero optimismo puede ser, el preámbulo de la ansiedad o de la depresión. En cambio, la esperanza nos moverá, de la expectativa pasiva, de sentirnos víctimas del sistema, a levantarnos como hijos del Rey de gloria, capaces de sufrir, pero con propósito, capaces de avanzar en fe, sin claudicar, y capaces de escribir en la historia, las páginas que nos corresponden.

Cinco siglos antes del nacimiento de Jesús, en el pequeño condado chino de Lu, el maestro Confucio aconsejó a su gente: *“Antes que maldecir la oscuridad es mejor encender una vela”*. Pero más de diez siglos antes del nacimiento de Jesús, ya decía el **Salmo 119:105**: *“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”*. Sin dudas, tenemos una gran ventaja sobre la oscuridad que se viene sobre este mundo, y este libro, puede ayudarnos a reconocer como accionar ante ella.

Nuestra esperanza es Cristo, por eso se manifiesta como la vida que nos sostiene cuando sentimos temor frente a lo que pueda pasar, y es la que nos fortalece, e impulsa a seguir adelante, a enfrentar las situaciones y a resolverlas en el poder de Su Espíritu. Ahora bien, cuando además de ser una esperanza viva, es eterna, la combinación puede ser determinante.

Evitemos quedar atrapados en la ansiedad y el temor que nos produce la incertidumbre de un futuro apocalíptico, porque la Palabra de Dios, tiene mucho revelarnos al respecto, solo dediquemos tiempo para aprender.

Ruego a Dios, que cada uno de aquellos que tomaron este libro para echarle un vistazo, puedan aferrarse a sus páginas hasta terminarlo, porque estoy seguro, que serán gratamente sorprendidos y empoderados en la sabiduría del Reino. Las tinieblas hacen su trabajo a través de la ignorancia, pero el Reino funciona a través de la sabiduría que otorga la luz divina, y ciertamente este libro, tiene mucho para mostrar, por eso me gozo mucho al invitarlos a su lectura.

“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo”.
Romanos 15:13



Capítulo uno

DESPERTANDO LA ESPERANZA

“Cuando muere el hombre impío, su esperanza se acaba, y la expectación de los poderosos perece”.

Proverbios 11:7

La esperanza en los hijos de Dios, no es un estado de ánimo optimista en el cual, aquello que deseamos o aspiramos nos parece posible, sino que es el resultado de una revelación provocada por la verdad expresada por Dios. La esperanza del Reino, genera expectativas positivas relacionadas con aquello que ciertamente es favorable, pero que se corresponde con el propósito eterno de Dios. Lógicamente, puede que tengamos esperanzas naturales de metas y ambiciones personales, pero hay una esperanza vinculada con lo divino, que debe operar más allá de la vida en la carne, y es la que Dios diseñó eternamente.

Todas las personas tienen esperanzas en el mañana, algunos más y otros menos, pero la esperanza es necesaria para enfrentar nuevos desafíos, o aun para encarar la

monotonía de los días presentes. La esperanza en los sistemas o en las personas, corren a la par de la esperanza personal respecto de los sueños y los deseos, lo cual está bien, pero nosotros como hijos de Dios debemos ser consumidos en la esperanza correcta.

La esperanza natural mantiene ocupadas a muchas personas, y esta cultura actual, es la gran culpable de un impulso exagerado por las ambiciones personales. El avance de la ciencia y la tecnología, lo han cambiado todo, y si bien llegaron con la idea de mejorarnos la vida, en cierto modo la han complicado, porque pareciera que cada vez, necesitamos más cosas para sentirnos complacidos y completos.

Esa creciente necesidad, que hoy en día vemos en la gran mayoría de las personas, esconde una gran pobreza interior. Siempre que las personas necesiten más cosas para ser felices, es porque son cada vez más pobres. Esto es, porque la verdadera riqueza no radica en lo mucho que tengamos, sino en lo poco que necesitemos para vivir felices.

La cultura actual viene sembrando hace ya unas décadas, que necesitamos consumir y consumir para ser más felices y mejores personas. Pretende formar la consciencia de que el éxito personal, se demuestra por las posesiones materiales, y ciertamente lo está logrando, porque vemos que las personas, persiguen desesperadas el mucho tener.

El motivo de la efectividad de este paradigma social, es que se basa en una media verdad, y esa es la mejor manera

de envasar una mentira. Es cierto que las finanzas sirven para todo (**Eclesiastés 10:19**), y obviamente pueden otorgar, un mejor pasar, deleites, placeres, disfrutes, y oportunidades. Sin embargo, también vemos que muchos adinerados, han llegado a todo, menos a satisfacer sus esperanzas.

No estoy sugiriendo que las metas personales, laborales o sentimentales, no sean buenas; lo que digo es que Dios no puede estar ajeno a ninguna de ellas. Tampoco estoy planteando una vida de esperanza después de la muerte y punto. En verdad, deseo y colaboro como puedo, para que la gente, logre alcanzar sus sueños, sus metas personales en esta vida. Eso es bueno y Dios mismo lo desea, solo considero que si no tenemos resuelto el futuro eterno, en vano trabajaremos para un efímero presente sin proyección.

Noé tuvo como meta, salvar a su familia. Abraham quiso una descendencia para transferirle la herencia, Isaac quería una esposa, y Jacob sus bendiciones materiales. José trabajó duramente para salvar del hambre al mundo conocido de su época. Moisés, por su parte, quiso liberar a su pueblo, mientras que Josué quiso meterlos en la tierra. David luchó por reinar, y Salomón por edificar un templo. Las esperanzas basadas en metas alcanzables son buenas y necesarias, pero todos ellos, cuando descuidaron la intervención divina, solo retrasaron sus resultados.

El viejo Simeón, según el evangelio de Lucas, era un santo varón que esperaba el consuelo y la liberación de su pueblo Israel. El pasaje del encuentro del anciano con José,

con María y con el Niño Jesús, en el templo, es muy revelador (**Lucas 2:25 al 28**). Al ver al niño, Simeón comprendió que había alcanzado su esperanza, y que, al mismo tiempo, había llegado la hora de su muerte, porque la promesa que había recibido de Dios se cumplió aquella mañana, cuando se le permitió ver al Mesías.

El anciano vio cumplida su esperanza y dijo no necesitar nada más. Con espíritu satisfecho pidió a Dios que lo dejara morir en paz, porque ya había podido ver con sus ojos; la salvación, la Luz para revelación a los gentiles, y la gloria de Israel (**Lucas 2:30 al 32**). Esa era la esperanza que él tenía, la que lo hacía levantar cada mañana, para ir al templo en busca del pequeño Mesías.

Es bueno que la esperanza en Dios pueda cumplirse, al menos parcialmente, en este mundo. Nunca fue cierto aquello de que solo importa lo que está en el cielo. Dios también desea que comprendamos propósito y destino en la tierra. Dios nos enseña a caminar con fe para producir hoy, y para esperar con certidumbre el mañana eterno.

Por tanto, la esperanza no es solo en el “más allá”, debe verificarse también en el “más acá” para enriquecer esta vida que se nos ha concedido. En tal caso, lo que deberíamos verificar, es que nuestras metas personales, nuestros sueños y nuestras ambiciones, estén vinculadas con el propósito eterno de Dios, porque eso nos asegurará la continuidad de lo conseguido, en recompensas eternas.

Es bueno también para todas las personas, sea que conozcan a Dios o no, tener metas en la vida, tener sueños y proyectos personales, pero tristemente, si ponen todas sus esperanzas en lo que perece, un día les alcanzará el fracaso. Dios desea evitarnos eso, por tal motivo, nos alienta a buscarlo primeramente a Él, porque solo Él, es nuestra plenitud, y conoce el camino correcto para alcanzar lo bueno, lo agradable y lo perfecto en nuestras vidas (**Romanos 12:2**).

El mensaje del evangelio del Reino, es la buena noticia de que Jesús, hizo todos los trámites necesarios para nuestra justificación eterna. Dios nos invita, a través de Cristo, a una vida de comunión con Él, una vida con propósito, una vida con enfoque correcto y con proyección eterna. Tristemente, nadie acepta tal cosa, porque todos están demasiado ocupados con sus conquistas personales, y si Dios no interviniera soberanamente, nadie podría recibir semejante obra de amor para toda la humanidad (**Juan 1:29**).

En el fondo, hay un gran vacío en el corazón de todas las personas, porque todos fuimos creados para contener a Dios, y tratar de llenar el corazón con experiencias, o con bienes materiales, no quita el angustiante sentido de frustración. Los famosos, los millonarios, los exitosos, y los poderosos lo saben muy bien, porque han alcanzado lo que muchos anhelan, y han comprendido que la plenitud que pensaban alcanzar, no estaba en esos logros.

Obviamente, se aferrarán a lo conseguido y procurarán tener mucho más, renovando sus esperanzas, pero también

perciben que van en un inevitable camino hacia la muerte. Por más dinero, fama o reconocimientos que alguien pueda tener en esta vida, todos, sin excepción, saben que sus días están contados, y saben que la incertidumbre de un mañana de vejez, o una inevitable muerte, pueden poner fin a todo aquello por lo que han luchado.

La vejez en sí misma duele, no porque sea una enfermedad, sino porque rebela una pérdida. Los años nos van llevando hacia la plenitud física, pero al alcanzar la cima, comienza a llevarnos cuesta abajo, y poco a poco, vemos en el espejo, como nos va quitando el vigor, la salud y las posibilidades. No podemos ignorar que vamos perdiendo lo que alguna vez tuvimos, no podemos ignorar que estamos muriendo. Nadie puede hacerlo, y eso, aunque la gran mayoría prefiere no hablarlo, ciertamente es difícil de asumir para cualquiera.

Así como la vida tiene un fin, la esperanza tiene un fin para muchas personas. Hay quienes dicen que al morir, no hay absolutamente nada más. Otros creen que algo debe haber, pero no tienen idea de lo que puede ser. Algunos creen que tendrán otra oportunidad de vida, que todo es como una rueda que gira y gira, de manera que nacemos, morimos y volvemos a nacer, para lograr nuevas experiencias.

Hay quienes creen, que esas nuevas experiencias de vida, pueden reproducirse en otros seres vivos, es decir, consideran que pueden volver a nacer como una planta, un animal o incluso un insecto. Es increíble las cosas que los

seres humanos podemos llegar a creer cuando estamos en tinieblas, pero todo eso, es el resultado de un deseo interior, el de mantener una esperanza, en algo que pueda ofrecer un mañana con vida.

Quienes hemos sido alcanzados por la gracia del Señor, no solo recibimos la vida a través de la regeneración, sino que recibimos la luz para poder entender, no solo nuestra verdadera condición, sino las verdades del Reino de Dios. Eso lo cambia todo, porque de un plumazo, logramos comprender que estábamos desenfocados de la verdad, y que solo la verdad nos conduce a la libertad, y a la vida eterna.

En Cristo no solo recibimos sus dones, talentos, capacidades, virtudes y privilegios, sino que además, podemos ajustar nuestras metas a Su propósito eterno. Por otra parte, pasamos de una simple esperanza basada en metas personales, a la realidad de vivir en Él, lo cual también nos otorga una seguridad eterna.

“Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor”.

1 Corintios 13:13

La fe y la esperanza son dos cosas diferentes, pero que están absolutamente relacionadas. En este pasaje, vemos claramente que tanto la fe, como la esperanza, son dos de los más grandes dones de Dios, y además, podemos ver que aparecen separados, dejando en claro que son diferentes. El hecho de que la fe y la esperanza estén relacionadas,

podemos verlo claramente en la definición del autor a los hebreos: *“Es, pues, la fe, la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”* (Hebreos 11:1).

Todas las personas tienen fe, pero esa fe que expresa su confianza en resultados, en personas o en ciertas deidades, es una fe del alma, una fe basada en sentimientos internos, y respaldada por pensamientos sembrados en cada ser. Sin embargo, esa fe, no es la del Espíritu, no es la que Dios otorga (**Romanos 12:3**), no es la que se manifiesta como un fruto espiritual (**Gálatas 5:22**), porque esa fe, solo podemos llegar a tenerla los hijos de Dios.

La fe es la total confianza en lo que Dios nos dice. La fe implica el consentimiento espiritual, y la convicción de un conjunto de hechos, así como la confianza en esos hechos. Por ejemplo, tenemos fe en Jesucristo. Esto significa que confiamos por completo en Jesús para nuestro futuro eterno. Aceptamos, de manera integral, los hechos de Su muerte sustitutiva y resurrección corporal, y confiamos en Su muerte y resurrección para nuestra salvación.

La esperanza de la Biblia está basada en la fe. La esperanza es la expectativa ferviente de creer que todo lo bueno que todavía no ha llegado, ciertamente llegará. Es una expectativa confiada que naturalmente proviene de la fe. Es la seguridad tranquila de que algo que todavía no ha ocurrido, va a ocurrir porque Dios lo anticipó. La esperanza es la que nos sostiene en alabanza y en gratitud, con la certeza de que el gran día de la plenitud llegará:

“La esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo?”

Romanos 8:24

En referencia a lo eterno, nuestra vida de resurrección es la base de la esperanza, porque sabemos que a la muerte de nuestro cuerpo, le sucederá el revestimiento de lo incorruptible (**1 Corintios 15:53**), y la eternidad gloriosa es una realidad para nosotros los cristianos. Jesús resucitó de entre los muertos, y la Palabra dice que fue primicia de los que durmieron (**1 Corintios 15:20**), esa es la base de la fe que nos asegura nuestra futura resurrección física. Además, tenemos Su promesa: ***“porque yo vivo, vosotros también viviréis”*** (**Juan 14:19**). Esta es la base de nuestra esperanza eterna.

Podemos ilustrar la relación entre la fe y la esperanza, con la alegría que siente un niño, cuando su padre le dice que al día siguiente van a realizar una actividad especial y divertida. El niño cree, que ciertamente realizará la actividad, basándose en las palabras de su padre; eso es fe en lo que su padre dijo. Y al mismo tiempo, esa convicción en el niño, que le provocó una alegría incontenible, es la esperanza. La confianza del niño en la promesa de su padre es la fe; la expresión de alegría y la paciente espera del niño hasta el día siguiente, son la evidencia de su esperanza.

En el Reino, la fe y la esperanza se complementan. La fe se basa en la Palabra que Dios nos habla; la esperanza mira la realidad de todo cumplimiento futuro. Sin fe, no hay

esperanza, y sin esperanza no hay fe de verdad. Los cristianos somos personas de fe y de esperanza. Tenemos ***“la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos”*** (Tito 1:2).

Sabemos que si morimos, tendremos vida eterna, pero aun estando vivos en este cuerpo, el regreso de Jesucristo es nuestra esperanza bienaventurada, todavía no podemos verlo, pero sabemos que viene, y esperamos con alegría ese momento. Jesús dijo que iba a volver (**Juan 14:3**). Por fe, confiamos en Sus palabras, lo que nos lleva a la esperanza de que algún día estaremos con Él para siempre.

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”.

Tito 2:11 al 13

Este pasaje identifica la esperanza bienaventurada, como la gloriosa aparición de Jesucristo. La palabra bienaventurada puede significar “feliz” o “dichosa”, pero también “beneficiosa”; nuestra esperanza es bienaventurada, porque el regreso de Jesús será una experiencia asombrosa y gozosa para todos nosotros, aunque para gran parte del mundo, pueda ser la llegada de su espanto.

Nosotros seremos bendecidos indefinidamente cuando veamos a Cristo. Las pruebas de esta vida habrán terminado, y veremos que *“las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”* (**Romanos 8:18**).

La palabra esperanza no comunica incertidumbre, en el sentido de “Tal vez algo pueda ocurrir...”, sino más bien, es la gozosa seguridad de que algo ocurrirá. Jesús es nuestra esperanza, y nadie puede quitarnos esa verdad arraigada en nuestro corazón, si morimos nos reunimos con Él (**2 Corintios 5:8**), pero es posible que antes de que la muerte alcance nuestro cuerpo, el Señor venga a manifestar la plenitud de Su Reino (**Lucas 21:27**).

La esperanza bienaventurada es la dichosa seguridad de que Dios nos extenderá sus beneficios y que Jesucristo regresará. Ahora estamos esperando este acontecimiento. Jesús dijo que volvería (**Apocalipsis 22:20**), los ángeles dijeron que volvería (**Hechos 1:11**), y las epístolas dicen que volverá (**1 Juan 2:28**).

Jesús volverá, el día y la hora que el Padre determine, y lo hará cuando acontezcan las cosas que antes han sido anunciadas. Este evento será anunciado por trompeta de Dios, los cuerpos de los que han muerto serán resucitados para unirse a sus almas, y luego los cuerpos de los creyentes que aún viven en la tierra serán cambiados en un cuerpo similar al cuerpo de la resurrección del Señor.

Los creyentes que hayan resucitado de la muerte y los creyentes que estén vivos al regreso de Cristo, se encontrarán con el Señor en el aire para estar siempre con Él (**1 Tesalonicenses 4:13 al 18**). Esto sucederá en un abrir y cerrar de ojos (**1 Corintios 15:52**), pero será el principio de un tiempo glorioso para nosotros, y de duro juicio para el resto del mundo. Al final, esa es nuestra esperanza y por ella, vale la pena esperar, y sufrir si es necesario.

“Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro”

1 Juan 3:3

Quienes esperamos el bendito retorno de Cristo debemos hacerlo con alegría, debemos hacerlo con expectativa, debemos hacerlo trabajando y anunciando Su proximidad, aun observando las señales de los tiempos actuales. Debemos vivir como hijos de la Luz, en un mundo sofocado por las tinieblas; debemos sostener una íntima comunión con el Espíritu Santo, para vivir una vida de verdadera pureza espiritual. Debemos evitar las obras muertas producidas por la religiosidad, y debemos vivir en la dependencia de Su poder.

El regreso del Señor debe motivarnos a la expansión del Reino, a vivir piadosamente, sin religiosidad, en un mundo adverso. La palabra *“aguardar”* en **Tito 2:13** que compartí, es la clave para que eso suceda. *“Aguardar”* significa que debemos vivir cada día en continua expectativa, no debemos considerar las señales no cumplidas, como para

asumir livianamente que todavía falta mucho para Su venida. Debemos expresar la urgencia de los hermanos del primer siglo, asumiendo con certeza, que bien podemos ser los del fin del siglo.

Esa esperanza debe convertirse en una realidad eterna, sabiendo que vale la pena invertirse en Dios, haciendo que Dios sea glorificado a través de nosotros (**1 Corintios 10:31**). La esperanza bienaventurada no nos libra de aflicciones, pero nos debe llenar de gozo espiritual, que, al mismo tiempo, es nuestra fortaleza (**Nehemías 8:10**).

La esperanza eterna nos debe alentar durante las pruebas en este mundo, y debería hacernos evaluar nuestra conducta y nuestra devoción. La Iglesia de hoy, debe despertar, debe apasionarse, y debe volver a los tiempos de amores con el Señor. Diría que debe tomar el ejemplo de la Sulamita de Cantar de los cantares.

Las figuras expresadas en este libro de Salomón también constituyen una hermosa y gloriosa figura de nuestra comunión con el Señor Jesucristo. Dios utiliza lo mejor del amor humano para despertarnos y para que seamos conscientes del gran amor que siente por nosotros

*“Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén,
Por los corzos y por las ciervas del campo,
Que no despertéis ni hagáis velar al amor,
Hasta que quiera”*

Cantares 2:7

¿Quiénes son estas doncellas de Jerusalén? En hebreo se les llama “*Banot Yerushalayim*”, que literalmente significa: “Hijas de Jerusalén”. Ellas aparecen a lo largo del libro de Cantares en varias oportunidades queriendo despertar a la novia, pero el Rey les hace jurar que no lo hagan, sino hasta que ella quiera despertar. Él les hace este mismo pedido tres veces en el libro de Cantares (**2:7; 3:5; 8:4**).

Por muy maravilloso que sea lo que Dios tiene para nosotros, Él no nos obliga a nada. Tampoco debemos hacerlo nosotros con los demás, ya que podemos echar a perder el entusiasmo de alguien para acercarse al Señor legítimamente. Sin embargo, despertar nuestro amor, es algo en lo cual debemos trabajar continuamente.

Solamente debemos tener cuidado de no confundir amor despierto con responsabilidades y obligaciones. Muchos hermanos procuran hacer velar su amor haciendo cosas correctas, pero en realidad solo caen en religiosidad, y ese es el gran peligro. Creo que por ese mismo motivo el Señor hace tanto énfasis en no despertar a su amada hasta que no lo determine voluntariamente.

Como comunicador del evangelio, tengo la responsabilidad de exhortar a la iglesia, cuando veo que ésta, se ha quedado medio dormida. Sin embargo, debo tener el cuidado de no meter a los hermanos en activismo, creyendo que por ese hacer continuo su amor se irá renovando. Como suele ocurrir en muchos matrimonios, puede que ambos

cónyuges estén cumpliendo con muchas responsabilidades, pero, sin embargo, el amor puede haberse enfriado y eso terminará siendo fatal.

Jesús le dijo a la iglesia de Éfeso: ***“Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor...”*** (Apocalipsis 2:2 al 5). Luego la exhorta a recuperar tal sentimiento y Él nunca le hubiera dicho tal cosa si no fuera posible hacerlo. Él le dijo: ***“Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieras arrepentido”***.

El candelero representa la luz, la revelación, y la autoridad que otorga el saber divino. Jesús dice que si no hay un arrepentimiento genuino, Él quitará toda la autoridad espiritual. Esto incluye la influencia en la sociedad a través de la Palabra viva.

Él nos da la oportunidad, Él nos está diciendo: ***“Si te arrepientes, te daré vida constante de Mi propio ser... Y mientras sigas amándome, te proveeré de un fluir de vida sobrenatural en ti... Esta vida se revelará en tu discernimiento, en tu amor por la gente y en tus buenas obras***

para Mi Reino". Este es el rasgo que distingue a todo cristiano que está verdaderamente enamorado de Jesús.

“Hagan todo con amor”

1 Corintios 16:14 NVI

Hay hermanos que verdaderamente recibieron la vida de Cristo y estuvieron llenos de amor, pero en su caminar no alimentaron el amor por el Señor y la pasión por su obra; por lo tanto, poco a poco se fueron enfriando. Mantener el amor velando no es una tarea que el Señor debe realizar por nosotros, ni está en un ministro lograrlo. Debemos despertar voluntariamente el amor, y exigir que todo nuestro ser alabe al Señor, como lo hacía el rey David.

***“Bendice, alma mía, a Jehová,
Y bendiga todo mi ser su santo nombre.
Bendice, alma mía, a Jehová,
Y no olvides ninguno de sus beneficios”***

Salmo 103:1 y 2

Volviendo al libro de Cantares, veremos que la Sulamita amaba al rey, así como la iglesia ama al Señor. Sin embargo, ningún amor merece ser descuidado. El amor debe ser despertado, alimentado y aumentado. Esto es posible desde el simple principio de dar. Es decir: “Cuanto más damos, más recibimos” (**Lucas 6:38**).

Cuanto más determinemos amar a Dios y al prójimo, más amor fluirá de nuestros corazones hacia Él y Su

propósito. Cuando dejemos de dar, el amor cesará, simplemente se irá apagando, enfriando, adormeciendo, como lamentablemente les está ocurriendo a muchos hoy en día (**Mateo 24:12**).

*¡La voz de mi amado! He aquí él viene
Saltando sobre los montes,
Brincando sobre los collados.
Mi amado es semejante al corzo,
O al cervatillo.
Helo aquí, está tras nuestra pared,
Mirando por las ventanas,
Atisbando por las celosías.
Mi amado habló, y me dijo:
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven.
Porque he aquí ha pasado el invierno,
Se ha mudado, la lluvia se fue;
Se han mostrado las flores en la tierra,
El tiempo de la canción ha venido,
Y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola.
La higuera ha echado sus higos,
Y las vides en cierne dieron olor;
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven...
Cantares 2:8 al 13*

Aparentemente, Salomón había salido de viaje, su amada le había estado esperando, anticipando con alegría su regreso al hogar. ¡Cuán hermoso, cuán glorioso es poder ver la emoción de la esposa esperando con ansiedad el regreso del esposo! Nosotros, como creyentes, debemos velar como

las vírgenes sensatas (**Mateo 25:1 al 13**), esperando el regreso de nuestro amado Señor.

Ahora viene el enamorado y dice: ¡El invierno ha pasado! Esto puede representar mucho tiempo malo, tiempos pasados en la ignorancia y el pecado, infértiles, miserables y fríos. Tiempos de tormentas y tempestades espirituales que rodearon todo sin dar chances, tiempos horribles que llegan al final.

Los tiempos de espera han terminado y el Amado dice: ¡Ven! Porque ya ha pasado el invierno, se ha mudado, la lluvia se fue; se han mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción ha venido ¡Despierta amada mía y ven! ¡Hoy es el día que aguardaste con tanta esperanza!

Me encanta leer la alegría con la cual el amado llama a su amada, pero no puedo dejar de observar que ella, aunque tenía grandes expresiones de júbilo por su venida, no permaneció velando a las puertas, sino que se había dormido. Por eso Él le dice: *“Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven...”*

Así es como siento a muchos hermanos. Dormidos, indiferentes, pasivos, ante el emocionado llamado del Señor, a vivir tiempos extraordinarios. Hay quienes solo han determinado cumplir con el compromiso de asistir a las reuniones, cantar unas canciones y escuchar una predicación, pero no están fervientes en el Espíritu como deberían estar (**Romanos 12:11**).

Con esto no estoy juzgando a nadie, solamente estoy comunicando lo que veo y la carga que me produce esta situación. Por supuesto que hay muchos hermanos despiertos, encendidos en el fuego de la pasión por Dios y por su obra, pero alimentar la esperanza, implica sacudir un poco a los miembros del cuerpo que se han dormido y no logran despertar, porque eso también es amor...

***¡Miren que viene en las nubes!
Y todos lo verán con sus propios ojos,
Incluso quienes lo traspasaron;
Y por él harán lamentación
Todos los pueblos de la tierra.
¡Así será! Amén.
Apocalipsis 1:7 NVI***



Capítulo dos

LA ESPERANZA QUE NO AVERGUENZA

“Algunos confiaron tanto en Dios que no quisieron que los dejaran en libertad. Al contrario, dejaron que los mataran, porque sabían que volverían a vivir y así estarían mucho mejor. Mucha gente se burló de ellos y los maltrató, y hasta los metió en la cárcel. A otros los mataron a pedradas, los partieron en dos con una sierra, o los mataron con espada. Algunos anduvieron de un lugar a otro con ropas hechas de piel de oveja o de cabra. Eran pobres, estaban tristes, y habían sido maltratados. La gente de este mundo no merecía personas tan buenas, que anduvieron sin rumbo fijo por el desierto, por las montañas, por las cuevas y las cavernas de la tierra. Dios estaba contento con todas estas personas, pues confiaron en él. Pero ninguna de ellas recibió lo que Dios había prometido. Y es que Dios tenía un plan mucho mejor, para que nosotros también recibiéramos lo prometido. Dios sólo hará perfectas a esas personas cuando nos haya hecho perfectos a nosotros”.

Hebreos 11:35 al 40 TLA

En el Antiguo Testamento la palabra hebrea “*batah*” y sus derivados tienen el significado de esperanza, seguridad y estar sin preocupaciones; por lo tanto, el concepto de duda no forma parte de esta palabra. Encontramos ese significado en **Job 6:20; Salmo 16:9; Salmo 22:9; y Eclesiastés 9:4**. Por lo tanto, la esperanza bíblica es una expectativa confiada, o una seguridad que se basa en un fundamento seguro por el que esperamos con alegría y plena confianza.

Al comienzo de las Escrituras, vemos a los descendientes de Adán, sin rumbo y sin esperanza. El pecado quebró a los padres de la humanidad, y curiosamente no los vemos intentando regresar al estado de gracia y bendición que habían tenido en el principio. Supongo que las mismas tinieblas que avanzaron sobre sus mentes, no los dejaron intentar por el lado del arrepentimiento y el pedido de perdón.

Recordemos que al pecar, el Señor los expulsó del Edén, y que puso un querubín y una espada encendida que se paseaba por los límites del lugar, impidiendo que Adán y Eva pudieran regresar. De todas maneras, yo me imagino que después de haber vivido en esa zona de abundancia, habrán añorado ese lugar, y la comunión que habían tenido con Dios.

Es como si después de vivir en la paz, de una ciudad muy rica y ordenada, fuéramos expulsados por una mala conducta, a una ciudad pobre, desordenada y llena de peligros. Pregunto: ¿No intentaríamos volver a la ciudad de la que fuimos expulsados, estando tan cerca sus fronteras?

¿No procuraríamos arrepentirnos abiertamente, en busca de hallar la gracia del perdón?

Bueno, nunca vemos eso en Adán y Eva. Por cierto, tampoco lo vemos en sus descendientes, los cuales, no solo no se arrepintieron, sino que aumentaron la maldad y el desprecio por la voluntad de Dios. Ciertamente, puedo imaginar ese desenfreno de pecado, pero lo que no puedo imaginar, es la vida sin esperanza que tuvieron que vivir.

No sé hacia donde apuntaría el propósito existencial de esas personas, pero indudablemente todo debe haber sido muy triste, porque donde no hay esperanza, no puede haber regocijo alguno. El dolor se convierte en dolor eterno, y la muerte en la crueldad más espantosa que pueda existir. Es muy feo vivir sin esperanza, pero horrenda cosa debe ser morir sin ella.

En los días de Noé, el Señor habló después de muchos años, y fue entonces que la esperanza volvió. Siempre que hay una Palabra de Dios, se enciende una esperanza, porque Dios es Eterno y sus Palabras contienen Su esencia, por eso al mencionarlas, no pueden desaparecer. Sus Palabras no se pierden en el eco de los días, tal como las palabras de los hombres. Sus Palabras permanecen como un presente constante, afincadas en el poder de la verdad, no en la frecuencia de los sonidos.

El patriarca Noé fue alcanzado por la gracia, y cuando Dios le habló, automáticamente se despertó en su corazón la

esperanza de un mañana mejor. Es verdad que Dios le planteó un juicio y el diseño para superar una tremenda crisis que vendría, pero lo hizo, sentando las bases en la esperanza de un mundo mejor, un mundo sin maldad, un mundo de paz, bajo el nuevo gobierno de Su poder.

Noé trabajó varios años en esperanza, edificando el arca que lo salvaría a él, y a toda su familia. De hecho pudo haberlo hecho con grandes multitudes, pero nadie tomo sus palabras en serio y a pesar de predicar con fervor, nadie creyó en su esperanza (**2 Pedro 2:5**). La esperanza no avergüenza cuando viene del Señor. Tal vez, nuestro entorno no nos comprenda, tal vez se burlen por no haber escuchado de Dios lo que nosotros sí, pero al final, la esperanza es más fuerte que el escarnio de los impíos.

Tal vez, los días se le hicieron largos al patriarca, pero al final, llegó el juicio universal. Ciertamente, eso debe haber sido algo espantoso, porque millones de personas fueron azotadas por ininterrumpidos torrentes de agua. Sin embargo, y a pesar del temor que seguramente han sentido Noé y su familia, ellos tenían una gran esperanza, no solo la de que el arca flotaría, sino también la de una nueva tierra donde moraría la justicia y el amor.

Varios años más tarde, vemos al patriarca Abraham, caminando la tierra sin más esperanzas que la de cuidar las ovejas de su padre, que algún día, seguramente serían suyas. Sin embargo, el Señor le habló, y nuevamente llegó la esperanza a la vida de un hombre. Esa esperanza que va más

allá de los años, porque es eterna, por lo tanto, Abraham, tuvo que creer en esperanza, aun aquello que él mismo no llegaría a vivir.

El Señor le dijo que le daría una descendencia, una tierra, y que lo convertiría en una bendición para todas las familias de la tierra (**Génesis 12:1 al 3**). Sin embargo, después de esas palabras, Abraham abrió sus ojos, y solamente vio desierto, ovejas y realidades. Su partida fue la evidencia de su fe, porque comenzó a caminar sin ver, la tierra que Dios le daría. Su mujer era estéril y él era un hombre mayor. Sin embargo, comenzó a soñar con la posibilidad de tener un hijo a quien entregarle su herencia.

El Señor no solo le habló de un hijo, sino que le habló de toda su descendencia, de lo que vivirían con los años, y de la bendición que se desataría sobre ellos. Incluso le habló de su propia muerte, dándole a entender que él no vería el cumplimiento de muchas de esas cosas que acontecerían, pero que podría vivir y morir con esperanza segura (**Génesis 15:13 al 15**).

Su hijo Isaac, a diferencia de Abraham, tuvo esperanza de conseguir una esposa, y a su tiempo, el Señor le dio una hermosa mujer llamada Rebeca. Luego sostuvo las palabras de Dios a su padre, y abrigó la esperanza de tener hijos, cuando descubrió que su esposa también era una mujer estéril, lo cual permite la consideración que Dios no trabajó con ellos, sino por medio de la fe y la esperanza.

Por su parte, Jacob, quien también tomó su bendición, sostuvo durante toda su vida las mismas esperanzas, de tener hijos, tener tierra y recibir el cumplimiento de las promesas realizadas por Dios a su abuelo. El problema de Jacob fue el de tratar de generar todo con sus propias fuerzas, en lugar de confiar en Dios, pero le fue necesario aprender a ser paciente y esperar. Todos tuvieron que aprender que las Palabras de Dios, portan Su esencia; por lo tanto, son eternas y verdaderas.

“Yo soy Jehová, el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho”.

Génesis 28:13 al 15

Notemos que pasaron muchos años, pero esas Palabras del Señor se han replicado de generación en generación, incluso hasta nuestros días. Nosotros, los gentiles, recibiendo la gracia a través de Jesucristo, quien nos metió espiritualmente en el linaje del padre Abraham, y los judíos, recibiendo, en parte y esperando, en parte, la consumación de las promesas eternas del Señor, las cuales también podrán alcanzar a través de Cristo.

Durante todo el Antiguo Testamento, vemos la esperanza en el pueblo judío. Una y otra vez, el Señor les repitió las mismas promesas, haciendo mención de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, quienes, en esperanza, pudieron sostener sus vidas de manera eterna (**Marcos 12:26 y 27**). Todo lo que es tocado por las Palabras eternas de Dios, se sostiene en vida, incluso más allá de una muerte física.

José tuvo la esperanza de gobernar, y Moisés la de libertar a su pueblo de Egipto. Josué tuvo la esperanza de poseer la tierra, al igual que Caleb. Los jueces tuvieron la esperanza de conseguir paz para la nación. En toda la historia de Israel, podemos ver la mano de Dios impulsándolos a la fe y la esperanza a través de Su Palabra. Así también, vemos que cada vez que ellos dejaban de oír, perdían la esperanza, y actuaban pecaminosamente.

En su tiempo, Ana tuvo la esperanza de tener un hijo, que pudiera servir a Dios, y le nació Samuel, quien fuera el mejor sacerdote de la historia judía. El rey David tuvo la esperanza de reinar honrando a Dios, y su hijo Salomón, después de haber tenido todo lo material y lo vano, entendió que la esperanza tenía un fundamento mucho más trascendente en la eternidad. Los demás reyes de la nación de Israel, así como los ciudadanos, muchas veces cayeron en aflicción, pero una y otra vez se levantaron. Sus rebeliones causaron grandes males, pero en el fondo de sus corazones, nunca se apagó el pábilo de la esperanza.

Daniel conservó la esperanza de la libertad, durante más de setenta años, y Nehemías tuvo la esperanza de ver reconstruida su amada ciudad de Jerusalén. Pasaron muchas generaciones, pero todos recordaron, a través de las Escrituras, las promesas de un Rey que vendría, de una restauración gloriosa, de una esperanza de vida eterna y de paz para toda la nación.

Lamentablemente, para los judíos, fue necesario que, en la consumación del nacimiento de Jesús, no pudieran reconocerlo. Ellos, nunca en la historia, estuvieron tan cerca de la esperanza, pero al mismo tiempo, tan lejos, porque no pudieron reconocer al Mesías. Tal vez, eso fue de gran pérdida para muchos; sin embargo, fue necesario para que nosotros, los gentiles, también pudiéramos acceder a la esperanza eterna.

En el Nuevo Testamento, la mayoría de las veces, la palabra esperanza, en el griego es la palabra “*elpis*”, o “*elpizo*”. Uno de los versículos en donde podemos encontrar la esencia de la palabra esperanza es en **Hebreos 11:1**, donde dice: “*Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve*”. Este versículo, que se encuentra al principio del capítulo de la fe, lleva en sí, toda la confianza que implica saber con certeza, sin lugar a dudas, lo que nos ha prometido Dios en Su Palabra.

Nuestra fe es la esencia de nuestra esperanza, es nuestra seguridad garantizada, ya que se basa en la Roca de nuestra salvación, el Señor Jesucristo. Todas las acciones de

los héroes de la fe, registradas en **Hebreos 11**, fueron posibles porque tenían esta fe basada en la seguridad proporcionada por las palabras que Dios habló. Como creyentes, nosotros también estamos llamados a responder en esperanza.

“Más bien, honren en su corazón a Cristo como Señor. Estén siempre preparados para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes”.

1 Pedro 3:15 NVI

La esperanza bíblica es una realidad, y no un sentimiento. La esperanza bíblica no tiene grietas que permitan dudar de su estabilidad eterna. La esperanza bíblica es una base segura sobre la que fundamentamos nuestras acciones de vida, creyendo que Dios no miente, y que siempre cumple con sus Palabras.

Cuando el cristianismo comenzó a extenderse por todo el Imperio Romano, el mensaje y la pasión de los creyentes, llegó primero a los estamentos más bajos de la sociedad, y desde allí comenzó a extenderse por todo el imperio y por todas las aldeas cercanas. Esta nueva manera de vivir que adoptaban los convertidos, llenos de gozo y de devoción, no pasaba desapercibida para nadie.

No solo implicando nuevos conceptos espirituales, sino conceptos sociales no convencionales, que penetraban eficientemente la sociedad de esos días. Los cristianos promovían una nueva visión llena de esperanza. El

establecimiento de esas novedades, vistas como un fenómeno sociopolítico, fue inaceptable para la máquina burocrática del imperio. Por tanto, los cristianos comenzaron a padecer grandes persecuciones por su fe.

El imperio no aceptaba que personas comunes, determinaran vivir bajo el gobierno de otro Señor que no sea el emperador de turno. Las primeras persecuciones en el Imperio Romano fueron durante un período de más de dos siglos, entre el año 64 de Nerón, y el Edicto de Milán en el año 313, en el cual los emperadores romanos, Constantino el Grande y Licinio, dieron libertad de culto a los cristianos.

El primer mártir cristiano, al menos bíblicamente, fue Esteban, quien no murió en Roma, pero sí dentro del imperio. Esteban es mencionado por primera vez en el libro de los Hechos de los apóstoles, como uno de los siete diáconos elegidos por los apóstoles. Su ejecución fue en Jerusalén, lapidado vivo, y quien presencié en complicidad de dicha ejecución, fue un joven llamado Saulo de Tarso, quien, después de unos años, se convertiría en el renombrado apóstol Pablo.

La primera persecución masiva de los cristianos, fue por parte de Nerón, luego del famoso incendio de Roma, en el cual más de media ciudad quedó destruida. Las presiones políticas fueron inmensas, por lo cual, era necesario un chivo expiatorio para Nerón, y estos fueron los cristianos, a quienes comenzaron a perseguir, acusándolos falsamente de ese horrendo episodio.

La figura de cristianos encendidos como si fueran verdaderas antorchas humanas para alumbrar la ciudad, es una imagen recurrente de esos días. Sobre todo porque el historiador romano Tácito, dejó detalles, en sus registros, de estas tremendas perversidades cometidas por el imperio.

Tácito relató en sus escritos, que los cristianos, eran rociados con brea y atados a los postes, en los jardines de la casa del emperador, para que ardieran hasta que estuvieran totalmente consumidos por las llamas. Esto se replicó en diferentes puntos de la ciudad, y los gritos desgarradores de los cristianos, así como el olor de sus carnes quemadas, inundaron la atmosfera del imperio.

Tácito también relató la historia de mujeres y de niños, que eran salvajemente torturados hasta morir; algunos de los cuales, eran vestidos con pieles de animales, para luego ser dejados a merced de las bestias feroces en el circo romano.

Entre las formas de tortura y ejecución empleadas para terminar con la vida de los cristianos, encontramos ciertas variantes que consisten básicamente en colgar al acusado de algún elemento u objeto, dejándolo morir lentamente, mientras sus miembros se iban descoyuntando. Así pues, los tipos más comunes de suspensión fueron la crucifixión y el ahorcamiento de los santos.

El registro arqueológico confirma a través de esqueletos encontrados, que algunos de los cristianos ejecutados, mantenían anillos alrededor del cuello y ganchos

con restos de madera en sus manos y pies, sospechando que se trataría de suplicados que antes de morir, debían estar suspendidos en tablas de madera. Se cree que los condenados, eran suspendidos, de esta manera, en las puertas de la ciudad para mayor infamia.

“Aquí veo cruces, no de una clase sola, sino fabricadas de distinta manera para cada uno: algunos cuelgan a sus víctimas cabeza abajo, otros hacen pasar un palo por su entrepierna, y otros les hacen extender sus brazos en el patíbulo...”

Tácito historiador romano

Una de las crucifixiones más conocidas, es la del mismo apóstol Pedro, acontecida en los tiempos de Nerón. Esta ejecución, según la tradición judeocristiana, cuenta con la particularidad de haberse realizado a la inversa, es decir, con la cabeza del reo hacia abajo. De esta ejecución dan testimonio diversos autores como Lactancio, Tertuliano, Eusebio y Prudencio.

Los historiadores, a pesar de algunas diferencias, dicen que Andrés y Felipe también murieron crucificados o colgados; incluso Bartolomé también padeció la cruz, pero antes, fue despellejado vivo. A Santiago el Mayor lo mataron a filo de espada, y a Judas Tadeo le aplastaron la cabeza con una maza y posteriormente lo decapitaron.

Tomás y Mateo, fueron alanceados y golpeados. Santiago el Menor también murió a causa de los golpes, y

algunos dicen, que fue arrojado al vacío. Matías fue lapidado, mientras que Simón fue cortado por la mitad con una sierra. De todos ellos, Juan, parece que fue el único superviviente de los apóstoles que tuvo probablemente una muerte natural, recién sobre el año 100 d.C.

Por su parte, la Biblia nos permite ver, las persecuciones y los encarcelamientos de Pablo, y los historiadores también convienen en señalar, que el apóstol, también fue encarcelado y decapitado por Nerón. Tal vez, estos puedan ser casos notorios para nosotros, porque los protagonistas fueron personajes de renombre, pero no debemos ignorar, que fueron miles y miles, los cristianos que padecieron la tortura y la muerte, por causa de la fe en Jesucristo.

Esto ha sido así, durante toda la historia del cristianismo, contando con perversas épocas como el de las inquisiciones católicas, luego de la gran reforma del año 1517. Las persecuciones, las torturas y los asesinatos fueron de millones de cristianos, que solo pretendían la lectura de la Biblia, o la libertad de toda la estructura religiosa del catolicismo de Roma.

No es mi tema en este libro, escudriñar estas cuestiones, dignas de llenar las páginas de incontables materiales, capaces de exponer exclusiva y directamente estos sucesos históricos. Lo que deseo aquí, solo es observar que la feroz hostilidad de los siglos, contra todos los judíos y

los gentiles que hemos creído, no puede apagar la llama producida por la esperanza eterna.

Sin dudas hoy en día, y en algún lugar del mundo, muchos hermanos siguen siendo perseguidos por causa de la fe. Muchos otros de nosotros, no estamos sufriendo la hostilidad del sistema de manera semejante, y justamente por eso, deberíamos elevar la voz de la fe, dar trascendencia al sufrimiento de aquellos que murieron, o de aquellos que están sufriendo, las consecuencias de guardar la esperanza en Jesucristo.

Es muy penoso, que hoy en día, teniendo nosotros, toda la libertad para expresar el evangelio, para adorar libremente, o para manifestar la vida de fe en la comunidad, no estemos aprovechando esa posibilidad. No, al menos, con la pasión con la que deberíamos expresar nuestra fe. Las paredes de los salones de reunión, han ahogado el mensaje del evangelio del Reino. La Iglesia fue diseñada para manifestar la unidad y la vida de Cristo en el mundo, no para que nos encerremos, y nos llenemos de vanas actividades.

Este es el tiempo de mostrar al mundo nuestra esperanza eterna. Es el tiempo de manifestar los frutos y la unción del Espíritu Santo. Es el tiempo de vivir el Reino, y de penetrar el sistema con verdadero poder espiritual. Seguramente si lo hacemos así, el sistema se encargará de reaccionar con ciertas hostilidades, pero eso no solo es algo lógico, sino necesario, para saber que ciertamente estamos afectando al mundo con el evangelio del Reino.

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”.

Romanos 5:1 al 5



Capítulo tres

LA VICTORIA FINAL SOBRE LA MUERTE

“¿Los libraré del poder del Seol? ¿Los redimiré de la muerte? ¿Dónde están, oh muerte, tus espinas? ¿Dónde está, oh Seol, tu aguijón? La compasión estará oculta a mi vista”.

Oseas 13:14

Cuando Dios terminó de crear al final del sexto día, Él declaró a cada cosa *“muy buena”*, por lo tanto, podemos decir que su creación había quedado perfecta (**Génesis 1:31**). Es lo menos que esperamos de un Dios perfecto, por eso podemos decir que si en algún momento encontramos la tierra desordenada y vacía, es porque algo generó ese desorden.

Sabemos que los animales y los humanos no comían carne originalmente, según **Génesis 1:29 y 30**. Así que, los carnívoros de hoy eran todos vegetarianos originalmente, lo cual indica que la muerte no era parte del diseño original. Un Dios que es la vida misma (**Juan 14:6**), no creemos que haya

sido un Dios con la idea de programar la muerte; de hecho, vemos que en el final de todas las cosas, Él mismo pone un gran final a la misma muerte.

“Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte”

1 Corintios 15:26

Dios dio el mandamiento en **Génesis 2:16 y 17** de que el pecado sería castigado con muerte. Esto es significativo cuando vemos la amplia imagen de la muerte. Si la muerte de cualquier forma hubiera estado presente antes de la declaración de Dios en **Génesis 1:31** que todas las cosas eran ***“muy buenas”***, entonces la muerte sería muy buena también; sin embargo, no lo fue.

Hace poco estuve leyendo que algunas personas han objetado que si no había muerte en el mundo, ¿Cómo sabía Adán qué quería decir Dios cuando se refirió a la muerte? Y consideran, incluso, que si Adán no sabía lo que era la muerte, pudo no medir la circunstancia a la que se exponía si pecaba.

Pero ese concepto es fácil de derribar, Dios creó a Adán como adulto, no como niño, se entiende que al crearlo lo hizo con un entendimiento absoluto, con un lenguaje establecido y con gran sabiduría. Ya que Dios hace las cosas perfectamente, Adán sabía qué significaba muerte, incluso sin tener conocimiento experimental de ella. De hecho, él probablemente la comprendió mejor que cualquiera de

nosotros porque tenía una mente perfecta, no corrompida por el pecado y la maldición.

Antes de continuar, quisiera aclarar que yo creo en la vida pre-adámica y creo que algo que ocurrió que desordenó y vació el planeta. Hay restos fósiles que superan ampliamente la vida de Adán y desarrollo ese tema en un libro llamado “El mundo pre-adámico”, por lo tanto, no quisiera introducirme ahora en ese tema, solo aclarar que la Biblia nos relata con precisión la nueva creación desde que el Señor ordenó la tierra y creó todas las cosas en sus siete días y solo a partir de ahí consideraremos la vida y la muerte del hombre, desde Adán hasta Cristo.

***“Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer
Túnicas de pieles, y los vistió”***

Génesis 3:21

El primer registro de muerte animal está en este pasaje citado, cuando Dios cubrió a Adán y a Eva con delantales de pieles para reemplazar la cubierta de hojas de higuera que ellos se habían hecho. Esa primera muerte, representaba proféticamente el sacrificio que Cristo realizaría por causa del pecado, que igualmente, aunque fue la muerte de un animal, se produjo de manera real.

El Señor sacrificó un animal para cubrir este pecado, pero esas muertes animales, que comenzaron a producirse y continuaron durante todo el antiguo testamento, no eran suficientes para quitar el pecado, sino que ofrecían una

cobertura temporal. Esto muestra cuánto más valiosa es, para Dios, la vida de los hombres que la de los animales (**Mateo 6:26, 12:12**).

Los sacrificios de animales eran como una sombra de Jesucristo, quien fue el último, perfecto e infinito sacrificio por nuestros pecados en la cruz del Calvario. El autor a los **Hebreos** revela lo siguiente:

“Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre, y sin derramamiento de sangre no se hace remisión”

Hebreos 9:22

Es por esto que Jesús tuvo que morir, porque la paga del pecado es la muerte (**Romanos 6:23**) y la vida está en la sangre (**Levítico 17:11**), si se pretendía acabar con la muerte, había que hacerlo por medio de la sangre. Los animales eran sacrificados para que la sangre de ellos cubriera el pecado, pero no podía quitarlo definitivamente. Jesucristo fue el sacrificio perfecto, porque era hombre, y porque nunca había pecado. Su sangre humana y santa fue perfecta para el Padre.

“Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás”

Génesis 3:19

Es verdad que Adán y Eva no murieron el mismo día que ellos comieron de la fruta prohibida, como algunos parecen creer que implica **Génesis 2:17**. En hebreo la palabra

morirás es *“mut”*, lo que a menudo se traduce como “morir” o literalmente como “morirás”, lo cual indica el inicio de la muerte. Lo que significaría que en ese momento Adán y Eva comenzaron a morir y eventualmente retornarían al polvo, sin embargo, el decreto de muerte ya estaba soltado sobre la humanidad, era una cuestión de tiempo que la muerte avanzaría sobre todos.

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”

Romanos 5:12

La muerte no solo comenzó a darse de manera natural, veamos que los primeros seres humanos vivieron muchos años, Adán 930 años, Set 912 años, Enós 905 años, Cainán 910 años, Mahalaleel 895 años, Jared 962 años, Matusalén 969 años, Noé 950 años, esto llama mucho la atención a la gente, en realidad es una cuestión lógica, el hombre fue creado perfecto y eterno, el pecado lo desconectó de la vida de Dios, su espíritu humano dejó de recibir el suministro de la vida de Dios y solo era cuestión de tiempo que la muerte avanzaría cada vez más, de hecho Dios tuvo que poner límite a la muerte.

Algunos consideran que **Génesis 6:3** es la verdadera declaración de la edad límite que Dios le puso a la humanidad al decir: ***“No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; más serán sus días, ciento veinte años”***. Sin embargo, como hemos visto,

después de esta expresión de Dios, la Biblia registra mucha gente que vivió más allá de los 120 años de edad.

Por otra parte, algunos interpretan que en realidad **Génesis 6:3** señala que la los hombres no vivirían más de los 120 años por el diluvio universal que ocurriría en la época de Noé, considerando el tiempo desde la anunciación al patriarca, hasta la consumación del arca. De hecho se considera que Noé trabajó todo ese tiempo, justamente por **Génesis 6:3** en realidad no sabemos exactamente cuánto tiempo le tomó a Noé y a sus hijos construir el arca, pero sí sabemos, que sus tres hijos estaban vivos y ya tenían esposas cuando la construcción dio inicio y que Sem tenía 98 años de edad cuando ocurrió el diluvio (**Génesis 11:10**) lo que hace poco probable el paso de ese tiempo.

Algunos, por su parte, consideran la interpretación de esos años, debido al hecho de que Dios mandó a Noé construir el arca cuando Noé tenía 500 años de edad en **Génesis 5:32** y Noé tenía 600 años cuando llegó el Diluvio (**Génesis 7:6**), dándole únicamente un tiempo de 100 años, no de 120. Sin embargo, no es estipulado el tiempo cuando Dios hizo el pronunciamiento de **Génesis 6:3**.

De todas maneras y más allá de todo esto, podemos notar que la duración de la vida comenzó a disminuir dramáticamente. Si comparamos la genealogía mencionada en **Génesis 5** con la genealogía mencionada en **Génesis 11**, veremos que la vida disminuyó por debajo de los 120 años

(Génesis 11:24). A partir de entonces, muy poca gente ha pasado la edad de 120 años.

*“Los días de nuestra edad son setenta años;
Y si en los más robustos son ochenta años,
Con todo, su fortaleza es molestia y trabajo,
Porque pronto pasan, y volamos”*

Salmo 90:10

Muchos cientos de años después del diluvio universal, Moisés hizo esta declaración del **Salmo 90:10**, que puede ser interpretada simplemente como una declaración de la realidad de su tiempo, incluso hasta nuestros días, o por ser Palabra de Dios, puede ser considerada como un decreto Divino, donde Dios le pone un límite a la muerte.

De manera personal, creo que fue así. Lo considero porque veo que si la paga del pecado es muerte y la maldad ha crecido de manera tremenda, la muerte debería ser cada vez más rápida; sin embargo, durante cientos de generaciones se ha detenido en ese promedio general. Sé perfectamente que en algunos lugares geográficos, por cuestiones climáticas y sociales, el promedio de vida puede ser diferente, por ejemplo en Europa y América del Norte la media es de 73 años, en Oceanía es de 71 años, en Latinoamérica es de 70 años, en Asia es de 61 años y en África es de 55 años, sin embargo, teniendo en cuenta estas diferencias, el promedio mundial es de 71,4 años. ¿Será esto casualidad o simplemente es un límite promedio que Dios ha establecido?

La muerte comenzó a producirse en el hombre, no solo de manera natural, sino que el pecado comenzó a generar muertes por violencia. Recordemos que el primer asesinato de la humanidad lo cometió Caín, que mató a su hermano Abel. Veamos que hasta el momento nadie había muerto de esa manera, no tenían el ejemplo, ni la mala influencia de nadie; sin embargo, la maldad ya estaba en acción.

“Pues si, por la transgresión de uno solo, reinó la muerte, mucho más, reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia”

Romanos 5:17

Entonces, podemos concluir que de acuerdo a la Biblia, un Dios perfecto creó una creación perfecta, y a causa del pecado del hombre, la muerte y el sufrimiento entraron en el mundo. Pero mediante Cristo, nosotros miramos hacia adelante a un tiempo cuando no habrá más dolor, muerte o sufrimiento. Jesús dijo:

“Yo les doy vida eterna, y nunca perecerán, ni nadie podrá arrebátarmelas de la mano. Mi Padre, que me las ha dado, es más grande que todos; y de la mano del Padre nadie las puede arrebatar. El Padre y yo somos uno”

Juan 10:28 al 30 NVI

La Biblia presenta la muerte como una separación. La muerte física es la separación de nuestro ser interior, del

cuerpo, de nuestra familia y de nuestro entorno. La muerte espiritual, por su parte, es la separación de nuestro ser de la vida de Dios.

La muerte es el resultado del pecado. **“Porque la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23)** Todo el mundo está sujeto a la muerte, porque todos han pecado. **“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12).**

Como vimos en **Génesis 2:17**, el Señor advirtió a Adán que el castigo por la desobediencia sería la muerte **“Ciertamente morirás...”** Cuando Adán desobedeció, él experimentó la muerte espiritual inmediata, lo cual provocó que se escondiera de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto (**Génesis 3:8**), y años más tarde, Adán experimentó la muerte física (**Génesis 5:5**).

En la cruz, Jesús también experimentó la muerte física (**Mateo 27:50**). La diferencia es que Adán murió porque era un pecador, y Jesús, que nunca había pecado, eligió morir como un sustituto por los pecadores (**Hebreos 2:9**). Jesús entonces demostró Su poder sobre la muerte y el pecado, levantándose de entre los muertos al tercer día (**Mateo 28; Apocalipsis 1:18**). Por medio de Cristo, la muerte es un enemigo derrotado (**Oseas 13:14**).

Mientras que para los inconversos, la muerte pone fin a la posibilidad de aceptar la gracia del Dios de la salvación.

“Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27). Para los que somos salvos, la muerte nos lleva a la presencia de Cristo: “estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor” (2 Corintios 5:8; Filipenses 1:23). Tan real es la promesa de la resurrección de los creyentes que la muerte física de un cristiano es llamada “dormir” (1 Corintios 15:51; 1 Tesalonicenses 5:10).

Nuestro cuerpo duerme, mientras que nosotros estamos en la presencia del Señor, siendo recibidos en el cielo, donde nos gozaremos en el Señor. En esos momentos se termina el dolor, la enfermedad, el pesar y la derrota, solo disfrutaremos con regocijo Su presencia, hasta que el día y la hora que el Señor disponga Su gloriosa venida, entonces, recibiremos nuestros cuerpos glorificados para Reinar con Cristo. Esa es llamada, “la primera resurrección de los muertos”.

Y como dijo Pablo, si estamos vivos para Su venida, entonces seremos arrebatados a las nubes para reunirnos con Él y con todos los santos y recibiremos nuevos cuerpos, para que esto mortal se vista de inmortalidad y entonces descenderemos con Él para Reinar en la tierra y por los siglos de los siglos en cielos nuevos y tierra nueva.

“Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se

cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?

1 Corintios 15:53

Pero ¿Hay un ángel de la muerte? Bueno, la idea de un ángel de la muerte está presente en varias religiones y es conocido como Samael, Sariel o Azrael en el judaísmo; como Malak Almawt en el Islam; como Yama o Yamaraj en el hinduismo; y como la parca o la guadaña en la ficción popular. En varias mitologías, el ángel de la muerte es imaginado como cualquier cosa, desde una figura esquelética camuflada con una hoz, a una mujer hermosa, o un niño pequeño.

Aunque los detalles varían, la idea central es que un ser llega a una persona en el momento de la muerte, causando la muerte o simplemente observándola con el propósito de luego llevar el alma de la persona a la morada de los muertos.

La Biblia no enseña que hay un ángel particular que está a cargo de la muerte o que está presente cuando una persona muere. **2 Reyes 19:35** describe a un ángel dando muerte a 185.000 asirios que habían invadido a Israel. Algunos también ven en **Éxodo 12**, la muerte de los primogénitos de Egipto, como la obra de un ángel.

Mientras que esto es posible, la Biblia en ninguna parte atribuye la muerte de los primogénitos a un ángel, las Escrituras en ninguna parte enseñan que hay un ángel

específico de la muerte, pero sí creo que es la muerte, un espíritu que gracias a la obra redentora de Cristo, fue vencido para todos los que estamos en Cristo.

“Nuestro Salvador Cristo Jesús, quien abolió la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por medio del evangelio”

2 Timoteo 1:10

Y será el último enemigo de Dios y de los hombres, que detendrá sus funciones definitivamente.

“Porque preciso es que Él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte”

1 Corintios 15:25 y 26

“Él enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni habrá más duelo, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas han pasado”

Apocalipsis 21:4

La misión de Jesús no terminó con Su muerte. El hecho de que resucitó de entre los muertos muestra que Él venció la muerte. Es verdad que nuestros cuerpos físicos deben morir, lo que para nosotros solo será dormir y es verdad también que hoy vemos mucha muerte en este mundo, sin embargo, la operación de la Iglesia y el poder de Jesucristo, someterá a todos los enemigos definitivamente. Su victoria fue consumada, solo nos queda una gestión.

“Sin embargo, ¡Cristo resucitó! Esto nos enseña que también resucitarán los que murieron. Por el pecado de Adán todos fuimos castigados con la muerte; pero, gracias a Cristo, ahora podemos volver a vivir.

Cada uno resucitará a su debido tiempo: primero Cristo; después, cuando él vuelva, resucitarán los que creyeron en él. Luego vendrá el fin del mundo, cuando Cristo derrotará a todas las autoridades y a todos los poderes, y le entregará el reinado a Dios el Padre. Cristo reinará hasta que haya vencido a todos sus enemigos.

El último enemigo que Cristo vencerá es la muerte. Cuando la Biblia dice: Dios puso todo bajo su dominio, la palabra todo no incluye a Dios, porque es Dios quien puso todo bajo la autoridad de Cristo. Y cuando todo esté bajo el dominio del Hijo, él mismo se pondrá bajo la autoridad de Dios. Así, Dios estará sobre todas las cosas, pues él es quien puso todo bajo el dominio de Cristo”

1 Corintios 15:20 al 28 VLS

Para los discípulos no fue fácil creer que Jesús había resucitado. Para muchas personas hoy en día también les resulta difícil creer en este hecho, pero debemos orar por ellos, para que la gracia del Señor los alcance y reciban entendimiento de tan gloriosa bendición.

Pero nosotros, los cristianos, debemos tener en nuestro corazón la seguridad de que Él vive, de que Él resucitó y debemos tener en claro la esperanza eterna de que nosotros también resucitaremos. Pero debemos abrazarla con gozo y no como si fuera una desgracia. La muerte está vencida y para

nosotros solo es el paso a una vida mejor, plena y maravillosa.

***“Y el que vive, y estuve muerto; y he aquí,
estoy vivo por los siglos de los siglos,
y tengo las llaves de la muerte y del Hades”***

Apocalipsis 1:18



Capítulo cuatro

VIDA DE RESURRECCIÓN

“Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, más tenga vida eterna”

Juan 3:16

Todos los seres humanos necesitamos ser salvados porque todos hemos pecado (**Romanos 3:23; 1 Juan 1:8**). El pecado es rebelión contra Dios. Todos elegimos decididamente hacer cosas que están mal. El pecado daña a otros, nos daña a nosotros y, lo más importante, deshonra a Dios. La biblia también enseña que debido a que Dios es santo y justo, no puede permitir que el pecado quede impune. El castigo por el pecado es la muerte (**Romanos 6:23**) y como hemos visto, es la separación eterna de Dios (**Apocalipsis 20:11 al 15**).

Sin el plan de salvación de Dios, la muerte eterna es el destino de todo ser humano. Todas las religiones plantean la necesidad de hacer algo al respecto, observar rituales

religiosos, obedecer ciertos mandamientos o alcanzar ciertos niveles de iluminación espiritual. Pero nosotros sabemos, por la Palabra de Dios, que ninguna de estas cosas puede ser parte de un plan de salvación efectivo.

Dios mismo es el único que puede proveer para nuestra salvación. Somos totalmente incapaces de salvarnos a nosotros mismos debido a nuestro pecado y sus consecuencias. Dios se hizo un ser humano en la persona de Jesucristo (**Juan 1:1, 14**).

Jesús vivió una vida sin pecado (**2 Corintios 5:21; Hebreos 4:15; 1 Juan 3:5**) y se ofreció a sí mismo como un sacrificio perfecto por nosotros (**1 Corintios 15:3; Colosenses 1:22; Hebreos 10:10**). Ya que Jesús es Dios, Su muerte fue de valor infinito y eterno. La muerte de Jesucristo en la cruz pagó completamente por los pecados del mundo entero (**1 Juan 2:2**). Su resurrección de entre los muertos demostró que Su sacrificio era en verdad suficiente y que la salvación está ahora disponible.

¿Pero cómo recibir esto? Bueno, en el libro de los **Hechos 16:31**, está la historia de un hombre que le preguntó al apóstol Pablo, sobre cómo ser salvo. La respuesta de Pablo fue: *“Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo”*. La manera de seguir el plan de salvación de Dios es creer. Ese es el único requisito (**Juan 3:16; Efesios 2:8 y 9**). Dios ha provisto para nuestra salvación por medio de Jesucristo. Todo lo que debemos hacer es recibirla, por fe, confiando únicamente en

Jesús como Salvador (**Juan 14:6; Hechos 4:12**). Ese es el plan de salvación de Dios.

Ahora, si estamos muertos espiritualmente, es decir, estamos desconectados de la vida de Dios. ¿Cómo hacemos para entender y creer? Bueno, ahí está una vez más la gracia de nuestro Dios. Yo trato profundamente este tema en mi libro titulado “Salvador por Su Gracia”.

***“Y cuando Él venga (El Espíritu Santo),
Convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.
De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por
cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por
cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado”***
Juan 16:8 al 11

El Espíritu Santo nos convence de pecado, y si no fuera por su obra, no podríamos ser salvos, simplemente porque no hay quien entienda (**Romanos 3:11**). Pero el Señor, que es grande en misericordia, nos escogió en Él, sembrando la palabra de vida que es Cristo, en nuestros corazones, es decir, somos salvos por gracia.

***“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe;
y esto no de vosotros, pues es don de Dios;
no por obras, para que nadie se gloríe”***
Efesios 2:8 y 9

En Cristo tenemos vida eterna y esto se refiere a un don de Dios que viene únicamente a través de Cristo Jesús Señor

nuestro (**Romanos 6:23**). Este don está en contraste con “la muerte” que es el resultado natural del pecado.

El don de la vida eterna viene sobre aquellos que creen en Jesucristo, quien es **“La resurrección y la vida” (Juan 11:25)**. El hecho de que esta vida es “Eterna”, indica que la vida es perpetua, es decir, continua para siempre y sin un final.

La vida eterna es algo que los cristianos experimentamos ahora mismo. Los creyentes no tenemos que esperar para la vida eterna, porque no es algo que comienza cuando morimos, sino más bien una dimensión en la que podemos vivir desde el momento en que entramos a la vida de Cristo. Sin embargo, podemos decir que nuestra esperanza está afinada en la espera de la eterna plenitud.

La vida eterna es nuestra posesión actual. **Juan 3:36** dice, **“El que cree en el Hijo tiene vida eterna...”** Por lo tanto, el enfoque de la vida eterna no está en nuestro futuro, sino en nuestra posición actual en Cristo.

“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”
Juan 17:3

Habrán algunos en el día del juicio que asegurarán ser seguidores de Cristo, pero realmente nunca tuvieron una verdadera comunión con Él. A esos falsos hermanos Jesús les dirá: **“Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de**

maldad” (Mateo 7:23). El objetivo del apóstol Pablo fue conocer al Señor, y él relacionó ese conocimiento con la resurrección de entre los muertos.

“A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos”

Filipenses 3:10 y 11

Todos resucitarán de entre los muertos, pero no todos compartirán el mismo destino. El Nuevo Testamento revela el detalle adicional de resurrecciones separadas para los justos y los injustos, y todos sabemos la gran diferencia que hay entre ambos destinos.

“Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua”

Daniel 12:2

La primera resurrección, entonces, es la resurrección de todos los creyentes. Se corresponde con la enseñanza de Jesús de la "resurrección de los justos" (**Lucas 14:14**) y la "resurrección de vida" (**Juan 5:29**).

“Sin embargo, ¡Cristo resucitó! Esto nos enseña que también resucitarán los que murieron”

1 Corintios 15:20 DHH

Nuestra esperanza de resurrección es la resurrección de Cristo, Si Cristo no hubiese resucitado de entre los muertos, entonces, tampoco lo haríamos nosotros los creyentes (**1 Corintios 15:12 al 15**). La resurrección de Jesús prueba que Su muerte fue aceptada por Dios como la expiación por nuestros pecados. Si Él simplemente hubiera muerto y hubiera permanecido muerto, eso hubiera indicado que Su sacrificio no fue suficiente. Por lo tanto, los creyentes no tendríamos el perdón de sus pecados, y permaneceríamos muertos después de su muerte física, y no existiría tal cosa como la vida eterna (**Juan 3:16**).

“Más ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho”

1 Corintios 15:20

La resurrección de Jesucristo prueba Su victoria sobre el pecado, y nos provee de poder para una vida de victoria sobre el pecado (**1 Corintios 15:24 al 34**). Este texto describe la gloriosa naturaleza del cuerpo resucitado que recibiremos, lo cual es nuestra esperanza eterna (**1 Corintios 15:35 al 49**). Pablo proclama claramente que, como resultado de la resurrección de Cristo, todos los que creemos en Él obtendremos la victoria final sobre la muerte (**1 Corintios 15:50 al 58**).

“Así que, hermanos míos, amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano”

1 Corintios 15:58

La primera resurrección se lleva a cabo en la segunda venida del Señor (**1 Tesalonicenses 4:16**). Mientras que los justos somos resucitados para reinar con Cristo por mil años en la tierra (**Apocalipsis 20:4**), y por toda la eternidad, los otros muertos, es decir, los malvados, no volverán a vivir hasta que se cumplan los mil años, o el tiempo que implique espiritualmente esa etapa de gobierno (**Apocalipsis 20:5**). Y luego tendremos el llamado juicio final.

¿Cómo resucitarán los muertos?

¿Con qué cuerpo vendrán?

“Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otro grano; pero Dios le da el cuerpo como él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo. No toda carne es la misma carne, sino que una carne es la de los hombres, otra carne la de las bestias, otra la de los peces, y otra la de las aves. Y hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria. Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonor, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual”

1 Corintios 15:35 al 44

Pablo discute las grandes diferencias entre nuestros cuerpos terrenales y nuestros cuerpos resucitados y deja en claro que nuestros cuerpos resucitados son espirituales, incorruptibles y llenos de gloria y de poder.

A través del primer Adán, recibimos nuestros cuerpos naturales, perfectamente adaptados a un entorno terrenal. Sin embargo, pasaron a ser corruptibles como consecuencia del pecado. Debido a la desobediencia, el ser humano se convirtió en mortal. El envejecimiento, el deterioro, y eventualmente la muerte, han avanzado afectándonos a todos hasta nuestros días.

***“Todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo,
y todo volverá al mismo polvo”***

Eclesiastés 3:20

Por otra parte, nuestros cuerpos de resurrección serán resucitados en incorrupción. Nunca experimentarán la enfermedad, decadencia, deterioro o muerte. Pablo dijo: ***“Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15:54).***

Como resultado de la caída, hemos sido sembrados en deshonra. Originalmente, fuimos creados perfectos y a la imagen de Dios (**Génesis 1:27**); sin embargo, el pecado ha traído deshonra. Aun así, los creyentes tenemos la promesa de que nuestros cuerpos imperfectos, que fueron sembrados en deshonra, un día serán levantados en gloria. Cuando nos

libremos de las restricciones impuestas por el pecado, nuestros cuerpos resucitados serán honorables y perfectamente aptos para complacer y para alabar a nuestro creador por toda la eternidad.

Nuestros cuerpos actuales también se caracterizan por la fragilidad y debilidad. Nuestros cuerpos, ahora templos terrenales, son innegablemente frágiles y susceptibles a la gran cantidad de enfermedades que azotan a la humanidad. También somos debilitados por el pecado y la tentación. Un día, sin embargo, nuestros cuerpos serán resucitados en el poder y la gloria, y ya no estaremos sujetos a las debilidades y la fragilidad que impregnan la vida actual.

Por último, el cuerpo resucitado será un cuerpo glorificado. Nuestros cuerpos naturales están adaptados para la vida en este mundo, pero este es el único ámbito en el que podemos vivir. Sin embargo, nuestro cuerpo glorificado será semejante al del Cristo resucitado, un cuerpo eterno y maravilloso.

“Carne y sangre no pueden heredar el reino de Dios”
1 Corintios 15:50

La muerte resulta en la separación del cuerpo y el alma. Nuestros cuerpos van a la tumba y nuestros espíritus van al Señor. La separación continúa hasta la resurrección:

“No os admiréis de esto, porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán

*su voz, y saldrán: los que hicieron lo bueno,
a resurrección de vida, y los que practicaron lo malo,
a resurrección de juicio.”*

Juan 5:28 y 29

En este momento las almas de los creyentes que han muerto están en el cielo. Algún día sus cuerpos serán resucitados en gloria, y unidos con sus espíritus, y podrán disfrutar de la eterna perfección del cuerpo y del alma.

Del mismo modo, los cuerpos de los incrédulos que han muerto están en la tumba, y sus almas están en tormento. También habrá un día en que los cuerpos de los impíos serán levantados de las tumbas y se unirán a sus espíritus. Serán levantados, el cuerpo y el alma, ante el Trono del juicio de Dios y aquellos cuyos nombres no hayan estado jamás en el libro de la vida, serán echados corporalmente en el lago de fuego (**Apocalipsis 20:15**).

Podemos tener una visión de cómo serán nuestros cuerpos de resurrección cuando recordamos las apariciones de Jesús posteriores a su resurrección. Él todavía tenía heridas visibles, tal vez, porque determinó conservarlas como testimonio eterno de Su obra, y sus discípulos pudieron tocarlo físicamente. Además, Él podía moverse sin ningún tipo de esfuerzo, y aparecer, o desaparecer cuando quería. Conversó un largo tiempo con los discípulos en el camino a Emaús, y ni una sola vez ellos cuestionaron Su humanidad, pero no pudieron identificarlo (**Lucas 24:13 al 18**).

“Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a Él”

1 Juan 3:2

Podía atravesar paredes y puertas, pero también podría comer, beber, sentarse y hablar. Su aspecto fue diferente al que manifestó en los días de su carne, porque Su identidad no fue inmediatamente obvia (**Marcos 16:12**). Repentinamente, podía aparecer de la nada (**Lucas 24:36**). Y además pudo ascender directamente al cielo en forma corporal, sin ningún efecto adverso mientras ascendía (**Hechos 1:09**). La Biblia nos informa que nuestros cuerpos de humillación serán simplemente semejantes a Su cuerpo glorioso (**Filipenses 3:21**).

De hecho, las limitaciones físicas impuestas por el pecado que obstaculizan nuestra capacidad de servirle plenamente en la tierra, por siempre desaparecerán, liberándonos para alabarlo, servirlo y glorificarlo por toda la eternidad.

Nuestros cuerpos serán exactamente así. Serán cuerpos reales, genuinamente humanos, los mismos cuerpos que teníamos en esta tierra, pero completamente perfeccionados y glorificados. Pablo describió cómo los cuerpos terrenales de los creyentes se reunirán con sus espíritus.

“A la trompeta de Dios, los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con

ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”

1 Tesalonicenses 4:16 y 17

Los creyentes que han muerto se unirán con sus cuerpos perfectos, entonces los que todavía estemos vivos, si así fuera, seremos arrebatados y al instante transformados, para descender junto a Él y reinar en la tierra, y luego del juicio final, desarrollar una vida eterna que desconocemos, pero que seguramente será maravillosa.

Tanto los vivos como los muertos tendremos nuestros cuerpos hechos a nuevo, y glorificados. Por eso, en verdad creo, que deberíamos hacernos un replanteo, respecto de la muerte, porque pareciera que los cristianos siguiéramos pensando que la muerte es algo malo, y muchos la ven, incluso, como una gran desgracia. Sin embargo, la Biblia nos enseña que ahí está nuestra esperanza eterna.

Cuando yo era un joven de algo más de veinte años, no pude comprender el maravilloso tesoro que porta el vigor de esos años: la salud, la elasticidad, las capacidades y la frescura que implica esa etapa de la vida. Por el contrario, parece que uno no valora algo hasta que lo pierde y cuando ya no lo tiene, entonces reflexiona lo grato que era dicha posesión.

Tal vez estas cosas ocurran porque como alguien dijo: *“La sabiduría es un peine que nos regalan cuando ya nos quedamos pelados...”* Y en verdad, es un poco así. Cuando

uno es joven es desenfrenado, y se complica por cuestiones que parecen trascendentes, pero en realidad no lo son. Con los años, nos damos cuenta, de que dichas cuestiones, solo parecen pequeños problemitas muy fáciles de resolver, el tema es que la sabiduría, no viene naturalmente como la juventud, la sabiduría llega a causa de las experiencias, y el aprendizaje implica tiempo.

“Por tanto no desfallecemos, antes bien, aunque nuestro hombre exterior va decayendo, sin embargo nuestro hombre interior se renueva de día en día”

2 Corintios 4:16

Además, quienes no nacimos en el evangelio, también debemos sumarle el tiempo que vivimos en oscuridad, lo cual es tiempo de vanidad y de necedad absoluta. Luego nacemos en Cristo y comenzamos a desarrollar la vida espiritual, para alcanzar madurez, y cuando todo eso nos llega, el cuerpo de carne ya está en claro descenso, y si bien el Señor nos puede sostener con fortaleza y salud, no podemos negar que ya no somos los mismos.

Sin embargo, vivir muchos años, también es parte de la gracia divina por causa del propósito. Nos ponemos ancianos y todo se hace más complicado, el cuerpo comienza a darnos problemas y muchas cosas ya no son parte de nuestras posibilidades. Siendo así, pregunto ¿No es maravilloso dejar este cuerpo de una buena vez y recibir uno sano, vigoroso y eterno? ¡Claro que sí! Bueno, a menos que en los años que vivimos, no hayamos logrado caminar en el

propósito eterno, porque en tal caso, tendremos la sensación de que fallamos en algo. Es por eso, muy importante valorar nuestro tiempo, y ser sabios para administrarlo.

Esto en verdad es curioso, porque al tratar el tema, todos los cristianos estamos de acuerdo en que nuestra muerte será el paso a una mejor vida. Sin embargo, en la práctica no lo consideramos tan así, ya que conozco miles de hermanos en la fe y generalmente no encuentro a quien tenga ganas de morir para recibir un cuerpo nuevo, ni veo a muchos, que entiendan lo mismo para sus seres queridos.

Tal vez no comprendimos esto muy bien, o no recibimos la revelación al respecto, porque Pablo dijo lo siguiente:

“Lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo, y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia derivada de la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios sobre la base de la fe, y conocerle a Él, el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, llegando a ser como Él en su muerte, a fin de llegar a la resurrección de entre los muertos”

Filipenses 3:9 al 11

Gracias a Dios he sido una persona que siempre ha gozado de muy buena salud; sin embargo, anhelo estar con aquel a quién he servido todos estos años, anhelo tener un cuerpo glorificado y sin limitaciones y siempre le digo a mi

esposa, espero que el día que parta a la presencia del Señor, mis seres queridos, no lo vean como algo malo, sino como la recompensa que Dios me da, al terminar la carrera de la vida aferrado a su gracia.

También le digo que no me pongan en un cajón abierto, para que todos se acerquen a mirar la cara de ese cuerpo que ya murió. Eso me parece muy desagradable, en verdad no sé por qué motivo tenemos esa costumbre de observarnos así. Yo creo que tenemos miles y miles de momentos para mirarnos vivos, después ya está, eso no tiene sentido. Prefiero un cajón cerrado y una gran fotografía con una buena sonrisa, captada en un buen momento de felicidad.

Sé y entiendo que la gente que despide a un ser querido sufre, sin embargo, si somos cristianos, tenemos una esperanza eterna, y eso lo cambia todo. No estoy tratando de ser insensible con este tema, solo pretendo exponerlo confrontando paradigmas, y no como si fuera un tema tabú.

“Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza.

Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros, que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel, y

con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero.

Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.

1 Tesalonicenses 4:13 al 18

Cada vez que me entero de la muerte de un hermano o un siervo de Dios conocido, también percibo dolor en su entorno, lo cual es lógico, pero lo que no debemos tener, es incertidumbre, o desorientación. No debemos quedarnos como buscando una explicación de por qué Dios permitió tal cosa, como si la muerte de los santos fuera el resultado de un ataque diabólico o un descuido de Dios, para no decir castigo.

Hace un tiempo vi un video en el cual, un pastor que estaba predicando cayó muerto en ese momento. Luego escuché el comentario de algunos hermanos, especulando sobre si tal pastor habría hecho algo malo, considerando esa muerte como un claro juicio de Dios. La verdad es que pensar así es muy triste, porque la muerte en Cristo es nuestra parte del proceso natural, en nuestra esperanza eterna. Incluso, deberíamos pensar al revés, que tal vez el Señor, estaba recompensando o premiando a su siervo, al llevarlo a Su presencia en ese mismo momento. Pero bueno, entiendo que la muerte provoque esos sentimientos encontrados. Lo bueno sería, que aprendamos a asimilarla con madurez espiritual.

Pablo consideraba el ser semejante a Cristo, como su gran esperanza, y lo esperaba con gran ansiedad; incluso, por causa de su vejez, sus enfermedades, sus dolores y sus prisiones, consideraba un pesar y un gemir, el estar ocupando ese cuerpo de muerte, limitado en sus funciones. En nuestro caso, tal vez nos queden algunos años por delante, lo que debemos hacer es administrarlos bien, enfocándonos claramente en el propósito eterno de Dios, no en aquellas cosas que, simplemente, nos consumen sin sentido.

“Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida”

2 Corintios 5:4



Capítulo cinco

LA ESPERANZA DE SU REGRESO

“Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan”

Hebreos 9:28

Al enseñar sobre la esperanza, sobre la muerte, y la eternidad, no puedo dejar de hablar de los eventos que ocurrirán en el futuro, tanto los más cercanos, como los más lejanos, esos eventos que claramente están señalados proféticamente en las Escrituras. Cuando de esperanza se trata, no puedo dejar de lado aquello que debe embargar nuestros corazones. Me refiero, entre otras cosas, a la segunda venida del Señor.

La segunda venida de Cristo es una verdad crucial para nosotros. En realidad, aunque millones de personas no lo sepan, o no lo entiendan, es una verdad crucial para el mundo entero. La Biblia es muy precisa al hablar de ello, es

absolutamente esperanzadora al tratar la gloriosa verdad de Su venida. Es una pena que, en las congregaciones de hoy, no se predique tanto sobre este tema, o no se lo haga con mayor responsabilidad.

Primeramente, creo que es porque hay un lamentable desconocimiento del tema. En segundo lugar, como es un tema que parece muy complejo, pocos aceptan encararlo con verdadera dedicación. Muchos ciertamente lo enseñan, pero solo repiten lo que escucharon en los seminarios bíblicos, o los institutos teológicos de su denominación, pero no estudian personalmente y con profundidad el tema.

En los últimos años, la idea que más se ha predicado sobre la segunda venida del Señor, ha sido la de un rapto secreto, y tristemente, se ha utilizado esa enseñanza, más para infundir temor a los hermanos, que para prepararlos de cara a los tiempos que se vienen. Lo único que se logra con eso, es que los hermanos procuren prepararse para volar a las nubes y no para enfrentar las hostilidades del sistema que opera en este mundo.

Personalmente, creo que es muy peligroso enseñar a través del miedo, porque eso, no es otra cosa que manipulación, pero no madurez y sabiduría espiritual. El grito de ¡Cuidado que puede venir esta noche! Asustó a muchos cristianos durante décadas, y con el tiempo, solo generó el descrédito de los que ya no creen en esa advertencia.

Esta inclinación a esperar la sorpresa de Su llegada, se produce porque la enseñanza del rapto secreto, desconoce las señales de los tiempos previos a Su venida. Al considerar un rescate antes de que los acontecimientos negativos comiencen, sin tener que afrontar ninguna señal de aflicción u hostilidad, nadie se preocupa en conocer los detalles. Sin embargo, la Biblia no dice eso, porque claramente advierte de ciertos acontecimientos que tienen que ocurrir, antes de la venida del Señor, y eso es, lo que pretendo exponer brevemente en este capítulo.

Para quienes enseñan el rapto secreto, es como si el Señor viniera tres veces, o como si su segunda venida fuera en dos partes, una para un rapto sorpresivo, y la otra para que todo ojo pueda verlo. Yo he tratado este tema con mayor profundidad en mi libro titulado “El resplandor de Su venida”, por lo cual no pretendo aclarar todos los puntos opuestos, respecto de las diferentes doctrinas, solo quiero señalar la esperanza que debemos tener, y lo que considero, que la Biblia dice claramente respecto de Su venida.

Pienso que la Iglesia, como la novia del Señor, debería estar gozándose de que Su venida sea pronto. Todos los cristianos deberíamos estar anhelantes, expectantes y deseosos de que venga nuestro Señor. Lamentablemente, esa enseñanza que se comenzó a predicar en la Iglesia, recién en el año 1830, no ha hecho más que llenar de miedo a los hermanos, y aunque casi nadie lo reconozca, muchos acunan un encubierto deseo de que todavía no venga, no vaya a ser cosa, de que el Señor los rechace y los deje atrás por tibios.

El Nuevo Pacto nos ha metido en Cristo, con lo cual no deberíamos pensar, que nuestra justicia está determinada por nuestras obras de bien, ni por nuestra conducta, sino por Jesucristo, quien nos justificó en Su muerte y en Su resurrección. Esto no es licencia para pecar, pero claramente es la esencia de la gracia para vivir anclados a la esperanza.

Para lograr que esta gracia sea consumada, fue necesario una primera venida del Señor, porque no había otra forma de solucionar el problema del pecado, sino por el sacrificio de Jesús. Desde entonces, está pendiente una segunda venida, para recoger el fruto de esa obra primera, y para manifestar la plenitud de Su Reino en todo el planeta.

El Señor se reveló en la persona de Jesucristo, y se revelará, a los efectos finales y universales de consumir Su plan, de acuerdo a las profecías bíblicas que aún no se han cumplido. Estas profecías respecto del fin, son las que pertenecen al área de la escatología, aunque personalmente prefiero referirme al estudio de los tiempos finales.

Ante esto, encontramos en las enseñanzas, diferencias de tiempo y de formas, pero nadie o casi nadie, discute una segunda venida de Cristo en Persona, porque Él mismo dijo con toda claridad: ***“vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”*** (Juan 14:3). Mientras que los ángeles, como mensajeros celestiales, anunciaron a los apóstoles: ***“Este Jesús, que ha sido tomado de vosotros al Cielo, ha de venir de igual modo que le habéis visto ir al Cielo”*** (Hechos 1:11).

Frente a tales versículos, a los que se han de añadir las clarísimas enseñanzas de Pablo en **1 Tesalonicenses 4:13 al 18**, y las de Pedro en **2 Pedro 3:9 al 13**, o todos los demás pasajes que tratan el tema claramente, no comprendo, cómo puede haber ministros que queriendo espiritualizar esta gran verdad, procuran interpretar estas verdades como algo que ya se cumplió con la llegada del Espíritu Santo, o que solo se cumplirá al momento de nuestra muerte.

Al mismo tiempo, existe una diferencia obvia entre los hechos ya consumados de la redención y aquellos que se anuncian para un tiempo futuro. La profecía bíblica debe orientarnos en medio de un mundo que va de mal en peor, y debe animarnos en esperanza. Debe ser como una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en nuestros corazones (**2 Pedro 1:19**).

Ante esto, deseo humildemente, mencionar algunos aspectos proféticos, y ciertamente claros, respecto de este maravilloso suceso de la segunda venida de Cristo y sus momentos previos. ¡Nuestra esperanza gloriosa!

“En aquel día pondrá el Señor sus pies en el monte de los Olivos, que se encuentra al este de Jerusalén, y el monte de los Olivos se partirá en dos de este a oeste, y formará un gran valle, con una mitad del monte desplazándose al norte y la otra mitad al sur”.

Zacarías 14:4

Esta palabra del profeta Zacarías, no fue comprendida por los judíos en los tiempos de Jesús, tampoco sus discípulos tenían en claro muchas cosas, porque ellos también esperaban el levantamiento del Mesías contra la opresión romana, y la restauración del reino de Israel. Sin embargo, luego de la resurrección y de las enseñanzas de Jesús respecto del Reino, los apóstoles lo vieron ascender al cielo, y comenzaron a comprender que no sería en esa ocasión, sino en otra venida, que el reino sería restaurado. Es más, tampoco llegaban a comprender el alcance mundial que la obra de Jesús tendría a través del Reino de los cielos, no a través del reino de Israel.

Los judíos sabían, por las profecías, que el Mesías vendría como el siervo sufriente (**Isaías 53**), y sabían que vendría como Rey, pero no entendieron cómo sería el desarrollo de ese diseño divino. Cuando Jesús llegó a Jerusalén, la gente lo recibió con ramas de palmas para celebrarlo como Rey, porque todos esperaban que un líder militar los salvara de la opresión del gobierno romano.

Incluso después de la muerte y resurrección de Jesús, los discípulos aún no entendían que el Señor tenía que irse y regresar. Ellos querían ver la liberación de Israel y su total restauración. Después de que Jesús ascendió al cielo, los ángeles explicaron a los confundidos discípulos, que era necesaria su partida, pero que no debían dudar, que un día volvería, de la misma manera y en el mismo lugar (**Hechos 1:11 y 12**).

“Porque ya saben que el día del Señor llegará como ladrón en la noche”.

1 Tesalonicenses 5:2

Este concepto, del cual, tanto se ha abusado para asustar a los hermanos, es una realidad profética, de hecho Jesús lo había advertido (**Lucas 21:34**), y Pedro también lo ratificó (**2 Pedro 3:10**), pero en realidad, esta advertencia fue para los impíos y para quienes diciendo ser creyentes, anduvieran menospreciando las Escrituras, por eso Pablo aclaró:

“Más vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón”.

1 Tesalonicenses 5:4

Cristo vendrá como ladrón, o de forma sorpresiva para los que no le esperan, pero no para nosotros, quienes debemos estar velando por Su regreso, y que tendremos la sensibilidad suficiente para escuchar las trompetas que lo anunciarán. Lo que no debemos hacer es dormirnos espiritualmente, recordemos lo que el Señor mismo le dijo a la Iglesia de Sardis: ***“¡Despierta! Reaviva lo que aún es rescatable, pues no he encontrado que tus obras sean perfectas delante de mi Dios. Así que recuerda lo que has recibido y oído; obedécelo y arrepíentete. Si no te mantienes despierto, cuando menos lo esperes caeré sobre ti como un ladrón”*** (Apocalipsis 3:2 y 3).

Debemos saber, también, que previo a la llegada del Señor, habrá disturbios y convulsiones en la naturaleza de manera global. El sol y la luna se oscurecerán y las estrellas caerán (**Mateo 24:29; Marcos 13:24 y 25**). Lucas menciona el terrible ruido del mar y de las olas. En ese momento oscuro, la aparición de Jesucristo, el "Hijo del Hombre", será algo estupendo y asombroso. *“Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria”* (**Lucas 21:25 al 27**), y en el versículo que sigue encontramos una clara exhortación para nosotros, los hijos de Dios: *“Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca”*.

La venida del Señor será visible, sobre las nubes, con poder y con gran gloria. Si nosotros debemos levantar nuestras cabezas y observar, es porque estaremos en la tierra, esperándolo y recibéndolo con toda expectación. No debe haber dudas de que lo veremos, y de que estaremos con Él, esperándolo en la tierra, o a su lado, si es que la muerte nos alcanzó antes de ese glorioso suceso. (**Mateo 24:30; 26:64; Marcos 13:26; 14:62; Lucas 21:27**)

“He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén”.

Apocalipsis 1:7

Aunque Cristo va a llegar al monte de los Olivos, su venida va a ser visible para todos los habitantes del mundo, incluso, Jesús mismo dijo: ***“Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre”*** (Mateo 24:27). De hecho, el contexto de este pasaje, habla de los que tratarán de engañar, diciendo que su venida será en secreto, o que será en un lugar distinto del anunciado. Jesús es claro que Su venida será pública, y será extraordinaria.

La palabra “venida”, en el idioma original griego, es la palabra ***“parousía”***, y significa la presencia, o la llegada de un rey o un emperador a una provincia. No hay en este término, ni en las enseñanzas bíblicas, ningún concepto que nos haga interpretar que habrá una venida secreta. De hecho, no solo se aclara esto en los evangelios, o en el libro de apocalipsis, sino también en las cartas apostólicas. (1 Tesalonicenses 3:13; 4:15; 2 Tesalonicenses 2:1; 1 Corintios 15:23; 2 Pedro 3:4,12).

“Queridos hermanos en Cristo, no se sorprendan si tienen que afrontar problemas que pongan a prueba su confianza en Dios. Eso no es nada extraño. Al contrario, alégrese de poder sufrir como Cristo sufrió, para que

también se alegren cuando Cristo regrese y muestre su gloria y su poder”.

1 Pedro 4:12 y 13 BLS

El sistema será cada vez más hostil hacia la Iglesia; sin embargo, sus promesas nos deben sostener en esperanza, porque ciertamente veremos su gloria (**Marcos 13:26; Tito 2:13; 1 Pedro 4:13; 5:1**). Además, el Señor vendrá con poder y con sus ángeles, para darnos el premio o la recompensa que merecemos, a la vez que traerá su juicio a quienes han persistido en hacer el mal (**Mateo 16:27**).

El Señor vendrá en llama de fuego (**2 Tesalonicenses 1:7 y 8; Apocalipsis 1:14; 2:18; 19:12**). El fuego, bíblicamente, está relacionado no solo con Su presencia, sino también con Su ira en contra de la maldad. Su fuego es purificador y ciertamente será derramado en los días de Su venida. Yo enseñé más profundamente sobre esto, en mi libro titulado “Sol de Justicia”.

Al final, toda la Iglesia de Dios será libertada de toda tribulación, de la hostilidad y de la injusta persecución sufrida. Además, el Señor no solo juzgará a los malos, sino que nos entregará nuestra recompensa eterna (**2 Corintios 5:10**).

“Luego vi el cielo abierto, y apareció un caballo blanco. Su jinete se llama Fiel y Verdadero. Con justicia dicta sentencia y hace la guerra. Sus ojos resplandecen como llamas de fuego, y muchas diademas ciñen su cabeza.

Lleva escrito un nombre que nadie conoce sino sólo él. Está vestido de un manto teñido en sangre, y su nombre es el Verbo de Dios. Lo siguen los ejércitos del cielo, montados en caballos blancos y vestidos de lino fino, blanco y limpio. De su boca sale una espada afilada, con la que herirá a las naciones. Las gobernará con puño de hierro. Él mismo exprime uvas en el lagar del furor del castigo que viene de Dios Todopoderoso. En su manto y sobre el muslo lleva escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores”

Apocalipsis 19:11 al 16 NVI

En tiempos antiguos, un caballo blanco era símbolo de victoria, y solo eran utilizados por los reyes o los comandantes de los ejércitos. El Señor no volverá como el Cordero, sino como el Rey de gloria, no volverá para entregar Su vida, sino para demandar Su justicia, con fuerza y con poder.

De hecho, los ejércitos celestiales, le seguirán en caballos blancos, símbolo de pureza y de poder. Lucirá diademas en Su cabeza, lo cual es símbolo de autoridad. Las “muchas diademas” simbolizan Su gran autoridad. Recordemos que en los días de Su carne, Satanás le ofreció a Jesús, autoridad sobre las naciones (**Mateo 4:8 al 10**), cosa que Jesús rehusó, prefiriendo esperar el momento, en que la recibiera del Padre, y esa es la realidad que vendrá a reclamar en justicia (**Filipenses 2:9 al 11**).

De Su boca saldrá una espada, haciendo alusión a la autoridad y el poder de juicio con el que hablará. Nosotros conocemos Su Palabra como espada de doble filo (**Hebreos 4:12**), pero eso no es comparable con las airadas expresiones que soltará sobre las tinieblas que estarán azotando en el fin de los tiempos, antes de Su llegada. El profeta Isaías dijo al respecto: ***“Juzgará con justicia a los desvalidos, y dará un fallo justo en favor de los pobres de la tierra. Destruirá la tierra con la vara de su boca; matará al malvado con el aliento de sus labios”*** (Isaías 11:4).

Aun su soplo, tendrá el poder destructivo contra el maligno: ***“Entonces se manifestará aquel malvado, a quien el Señor Jesús derrocará con el soplo de su boca y destruirá con el esplendor de su venida”*** (2 Tesalonicenses 2:8). La espada, la vara, o el soplo, no es algo material, sino espiritual; simboliza el poder de Sus Palabras. Esas mismas Palabras que han sido ignoradas por la humanidad por más de dos mil años de gracia, pero que en Su segunda venida, no podrán ser ignoradas, porque no llegarán sazonadas por la gracia.

“La señal del Hijo del hombre aparecerá en el cielo, y se angustiarán todas las razas de la tierra. Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y al sonido de la gran trompeta mandará a sus ángeles, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo al otro del cielo”.

Mateo 24:30 y 31

El Señor viene, no solo de manera visible, sino con sonidos estruendosos, con voz de mando, y sonidos de trompeta; (**1 Tesalonicenses 4:16**). ¡Será un evento ruidoso y glorioso! Él descenderá como nuestro comandante en jefe, como el Rey de reyes, el Señor de los señores, el que tiene toda la autoridad, y todo el poder en el cielo y en la tierra (**Mateo 28:18**).

“Fijense bien en el misterio que les voy a revelar: No todos moriremos, pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque final de la trompeta. Pues sonará la trompeta y los muertos resucitarán con un cuerpo incorruptible, y nosotros seremos transformados. Porque lo corruptible tiene que vestirse de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad”.

1 Corintios 15:51 al 53 NVI

En la segunda venida de Cristo, los creyentes ya muertos volverán con Él. (**1 Tesalonicenses 3:13; 4:14; Judas 14**). Al morir un creyente en Cristo, va su alma inmediatamente a la presencia del Señor, pero recién en el día de Su venida, recibirán un cuerpo de resurrección. No es que las personas mueren hoy, y hoy mismo reciben un cuerpo glorificado. Eso será recién en la primera resurrección de los muertos, justamente en Su venida; y los que estemos, o estén vivos, recibiremos, o recibirán un cuerpo igual que los demás, para que todos podamos estar por siempre con Él (**1 Tesalonicenses 4:16; Apocalipsis 20:4 al 6**).

Desde los tiempos del Antiguo Testamento, los hombres se han hecho esta pregunta: ***“Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?”*** (Job 14:14). El profeta Daniel pudo entender, y aún describir, que así será. ***“Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua”*** (Daniel 12:2). Pero en sus escritos, Daniel no dice si esto será en una sola resurrección o si habrá dos, en cambio, en **Apocalipsis 20:5 y 13**, sí, se nos enseña que habrá dos tiempos diferentes de resurrección, y estos, separados por un largo período de tiempo, el uno del otro.

La primera resurrección es la de todos los creyentes en el Señor Jesucristo. Esto se acabará al volver Jesucristo. Está relacionado con el arrebatamiento de la iglesia, el cual se producirá precisamente en Su venida, o como dice Pablo, ***“a la final trompeta”*** (1 Tesalonicenses 4:16), y ***“al toque final de la trompeta”*** (1 Corintios 15:52). Con lo cual, considero que queda claro que el arrebatamiento se producirá en la final trompeta (**Apocalipsis 11:15 al 18**), no antes de la primera, como sugieren quienes predicán el rapto secreto.

Además, según este último versículo, la séptima trompeta del Apocalipsis será ***“el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre...”*** Por eso, y por muchas otras razones, personalmente creo, junto a muchos otros eruditos bíblicos, que el arrebatamiento de la Iglesia, con que está relacionada la primera resurrección, ocurrirá al terminar la gran tribulación.

De todos modos, como siempre enseño, lo más importante es estar listos, en plena comunión con Dios y velando con pasión, para escuchar ese sonido de trompeta final: *“Y al sonido de la gran trompeta mandará a sus ángeles, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo al otro del cielo”* (Mateo 24:31). Esto ocurrirá *“inmediatamente después de la tribulación de aquellos días”* (Mateo 24:29).

Los ángeles van a acompañar al Señor cuando venga por segunda vez, y apartarán a los malos de entre los justos (Mateo 13:41 al 49). Quiere decir, la venida de Cristo será tiempo de juicio y de angustia para muchos. Es aquí, donde podemos trazar ese paralelo entre la venida de Cristo y el diluvio de los días de Noé; y de los días de la destrucción de Sodoma y Gomorra, tal como ejemplificó Jesús (Mateo 24:37 al 40; Lucas 17:26 al 30). En ambos casos los creyentes fueron guardados y preservados en medio de la destrucción, y así será con los hijos del Nuevo Pacto (Apocalipsis 7:3; 9:4).

La segunda venida del Señor, será un tiempo de angustia y de terror para todos los incrédulos que se han burlado y que han despreciado la obra de Jesucristo (1 Tesalonicenses 5:3; Apocalipsis 1:7; Lucas 21:25 al 28; Amos 5:18 al 20). Todos los que están sin Cristo se lamentarán. Será un tiempo de destrucción repentina, y de dolor. Además, creo que será muy triste para los religiosos de este mundo, aquellos que dijeron creer, pero nunca

recibieron la regeneración. Esos que no han comprendido la gracia del Señor, que ignorando la justicia en Cristo, y procurando establecer la suya propia, procuraron guardar la Ley (**Romanos 10:3**).

Cristo tendrá que decirles que nunca los conoció, y que todo el esfuerzo de su religiosidad, no les valió de nada. (**Mateo 7:21 al 23**). Sin embargo, a quienes nos alcanzó la gracia del Señor, quienes no creemos merecer nada, pero recibimos todo en Cristo, solo para alabanza de Su nombre, será un día de gran regocijo, un día en el cual, abrazaremos lo que tanto hemos esperado en esperanza (**1 Pedro 4:13**).

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”

Tito 2:11 al 13

Cuando venga el Señor va a destruir al hombre de pecado (**2 Tesalonicenses 2:8**). En el tiempo de los apóstoles hubo algunos maestros infiltrados, que trataron de enseñar que la segunda venida y nuestra reunión con Él, ya habían ocurrido, o que era inminente, por eso el apóstol Pablo, por inspiración divina, les explicó que primero tiene que manifestarse la apostasía, el hombre de pecado, el hijo de perdición.

El espíritu del anticristo, está operativo en el mundo y ha permeado la Iglesia muchas veces durante estos más de dos mil años de historia, pero llegado el tiempo, creemos que tendrá una manifestación física a través de un perverso personaje que intentará tomar el poder. Este personaje perverso, también llamado como el “anticristo”, es una persona con el poder de Satanás. Aparece antes de la segunda venida de Jesucristo, y el Señor lo enjuiciará con el espíritu de su boca, y lo destruirá con el resplandor de su venida (**2 Tesalonicenses 2:8**).

Amados hermanos, debemos comprender que el sistema de este mundo, se pondrá cada vez peor, los falsos, los malos y los engañadores irán de mal en peor (**2 Timoteo 3:13; 4:3 y 4**). Pero nuestra esperanza es Cristo y Su triunfal manifestación, no es una posibilidad, es un hecho garantizado. No sé cómo imaginan el mundo los creyentes, pero no deberíamos ignorar las Escrituras, respecto de lo que se vendrá.

Hoy por hoy, es claro que vamos en un lamentable descenso moral, y todo se pondrá absolutamente peor, pero el final no es para las tinieblas, porque todos los perversos, los corruptos, los malvados, los que hoy, a través de sus sucias políticas procuran adueñarse del mundo, tendrán que doblar sus rodillas ante el Señor.

La Iglesia toda debe anhelar ese momento triunfal, esa es nuestra esperanza eterna. La segunda venida del Señor, bajo ningún punto de vista, debería provocar miedo en

nosotros, al contrario, nosotros debemos regocijarnos, y el temor debe ser para quienes pactan con el maligno (**Apocalipsis 19:19 al 21**).

Cuando Cristo venga, va a manifestar Su Reino con toda plenitud, y lo hará aquí, en este mundo, no sobre las nubes. Lo hará en la tierra, por un largo período de tiempo, y nosotros, que somos de Cristo, reinaremos con Él. ¡Esa es nuestra esperanza eterna!

“Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras, y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado. Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra”.

Apocalipsis 11:17 y 18



Capítulo seis

EL MISTERIO DEL MILENIO

“Entonces vi tronos donde se sentaron los que recibieron autoridad para juzgar. Vi también las almas de los que habían sido decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios. No habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni se habían dejado poner su marca en la frente ni en la mano. Volvieron a vivir y reinaron con Cristo mil años. Ésta es la primera resurrección; los demás muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron los mil años. Dichosos y santos los que tienen parte en la primera resurrección. La segunda muerte no tiene poder sobre ellos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años”.

Apocalipsis 20:4 al 6 NVI

Quiero presentar al tema del milenio como un misterio, sencillamente porque hay diferentes aspectos de esta realidad futura, que no están muy en claro. No porque no haya voluntad en los eruditos entendidos en el tema, sino porque la Biblia misma, no concede muchos detalles del llamado milenio universal.

De manera personal, debo reconocer que desearía contar con más información, pero al final, solo puedo decir que confío en Dios, y nadie más que Él, sabe por qué motivo no nos ha brindado más detalles al respecto. La Biblia tiene varios misterios de Dios, y creo que es bueno para nosotros que así sea. En realidad, las cosas que tienen gran valor, nunca se dejan en la superficie, ni a vista de cualquiera.

Por otra parte, no le tengo miedo a los misterios, porque sé que puedo escudriñarlos con cuidado y dedicación, pero asumiendo que al final, hay algunas sombras que ponen en riesgo mis conclusiones. Aun así, digo que no les tengo miedo, porque la gloria de Dios es ocultar un asunto, y la gloria de los reyes es investigarlo (**Proverbios 25:2 NVI**), no dice que la gloria de los reyes es la infalibilidad, sino la investigación; así que espero no equivocarme, pero esto es lo que entiendo respecto de este gran tema del milenio.

Como maestro creo que es un tema escatológico al que no debemos rehuir, porque por algún motivo, el Señor ha permitido que se asomen en la Biblia, tan extraordinarios conceptos. En este pasaje del libro del Apocalipsis que acabo de citar, vemos que hay ciertas personas de las que se dice que vivirán y reinarán con Cristo mil años. Las interpretaciones divergentes de este pasaje han llevado a la formación de diferentes opiniones principales, tanto sobre la naturaleza del Reino milenial, como de su expresión.

No he considerado la exposición de cada una de las ideas enfrentadas respecto del milenio, y tampoco deseo

mencionarlas bajo los nombres que les otorgan en los análisis teológicos, simplemente porque no me interesan esas formas de encasillar ideas, solo deseo exponer lo que veo y considero, respecto del milenio. En el caso de las demás líneas interpretativas, se harán cargo sus diferentes expositores.

Quienes definen las diferentes líneas interpretativas, terminan exigiendo la pertenencia de una postura central, y de todos sus componentes periféricos, pero yo no estoy de acuerdo con eso. No pertenezco a un paquete determinado de pensamientos. Muchos menos, porque alguien decidió, simplemente, calificar ideas, y meternos dentro de uno de los conjuntos establecidos por ellos.

Por ejemplo, cuando enseño sobre la gracia del Señor respecto de la salvación, suelen decirme que soy un Calvinista, pero eso no es verdad, yo no he estudiado con profundidad la obra de Calvino, y por cierto, aunque he rescatado algunas cosas buenas de él, no estoy de acuerdo con varias de sus otras ideas. Sin embargo, nunca faltan los que, por coincidir en algún punto, pretendan encasillarnos.

Cuando enseño de la segunda venida del Señor, me dicen que soy Postribulacionista, pero yo no analizo las cosas desde esas vanas estructuras. Simplemente, estudio las Escrituras, y también analizo lo que varios maestros han interpretado, pero al final, en profunda comunión con el Señor, trato de alcanzar Su mensaje, lo que Él ha tratado de expresarnos según lo entiendo yo.

También me han preguntado si soy dispensacionalista, pero claramente no lo soy, y no solo porque no enseñe lo que ellos enseñan, sino porque no me define ninguna estructura de estudio o calificación. No pertenezco a ninguna de las líneas de estudio o comprensión de la Biblia. Soy un maestro que puede enseñar lo que la Biblia nos dice, sin aceptar encasillamientos teológicos, por más correctos que estos puedan ser.

No lo veo a Pablo, diciendo pertenecer a una línea teológica determinada por los hombres. De hecho, él escribió: ***“Más os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo”*** (Gálatas 1:11 y 12). Bueno, el mismo maestro que le enseñó a él, debe enseñarnos a nosotros, para que en lugar de tener tantas diferencias teológicas, aprendamos a transitar por donde el Espíritu Santo nos lleve.

Por supuesto, puedo equivocarme en algo, tal como cualquiera de mis colegas, pero no pertenezco, a ninguna línea teológica determinada, solo me considero un maestro, con la libertad de enseñar con limpia consciencia, buscando la revelación del Espíritu, y según la medida de mi limitada comprensión. Mi atrevimiento para estudiar y enseñar con esa libertad, es respaldada por lo que una vez me dijo el Señor, que Él no esperaba que fuera infalible, pero que me demandaba humildad para poder corregirme y llevarme a la verdad. Desde entonces, trato de avanzar en el camino de la permanente corrección divina, porque siempre que la luz

aumenta en nuestra vida, avanzamos un paso más hacia la plenitud de la verdad.

Aclarado esto, creo que la Segunda Venida de Cristo, visible y gloriosa, será después de las señales bíblicas de los tiempos finales, y antes del llamado Reino del milenio. Quienes siguen de cerca mis estudios, saben que no creo en un rapto secreto, pero que sí creo en un arrebatamiento producido en la venida misma del Señor, tal como lo relató Pablo en su carta a los tesalonicenses:

“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”.

1Tesalonicenses 4:16 y 17

Respecto del milenio, voy a mencionar que no estoy de acuerdo con quienes consideran ese periodo de gobierno divino, como el proceso que hemos estado transitando desde la resurrección, hasta el regreso del Señor. Tampoco creo que el milenio se esté desarrollando en el cielo. Solo creo en la dinámica escritural que plantea el libro de Apocalipsis en sus últimos capítulos.

En realidad, al indagar históricamente sobre este tema, encontré que la doctrina de la venida de Cristo, seguida de un gobierno divino en la tierra, tiene una fuerte consistencia en

la historia de la Iglesia pionera. De hecho, esa fue la perspectiva predominante durante los primeros 300 años de la Iglesia apostólica.

Ante esto, Un famoso historiador suizo, llamado Philip Schaff, (1819/1893), dijo lo siguiente: *“El punto más notable en la escatología de la edad ante-Nicena es la creencia de la segunda venida de Cristo, precedida por un reinado visible de Cristo en la gloria sobre la tierra, con los santos resucitados por mil años, antes del juicio y la resurrección general”* (Philip Schaff, History of the Christian Church, 2:614).

Este dato es muy importante para mí, porque siempre enseñé que la Iglesia de hoy, debe considerarse en permanente reforma, hasta alcanzar los fundamentos apostólicos y proféticos de la Iglesia de los primeros tiempos. Por supuesto, perfeccionada por el valor de las experiencias acumuladas a lo largo de los siglos, y la revelación de la vida en el Nuevo Pacto. Por supuesto, no propongo hacer una reforma para cambiar la Biblia. Yo jamás diría que Dios, ahora puede decirnos algo que contradiga la Escritura; eso sería una verdadera apostasía.

Lo que sí digo, es que pensar, que la gran reforma que se produjo en el año 1517, haya logrado todos los cambios para definir la verdad absoluta, es una verdadera falta de sensatez. Esa extraordinaria reforma nos sacó del ostracismo, producido por las perversas estructuras religiosas de la

llamada iglesia romana, pero esa reforma no cambió todo, no vio todo, ni estableció todo de una sola vez.

Muchas cosas heredamos de esas estructuras de religiosidad diseñadas a partir del tercer siglo. Con el tiempo, muchas cosas fueron cambiando, pero creo que hoy, tenemos la responsabilidad de retomar temas claves, como los escatológicos, para estudiarlos con humildad y procurar juntos avanzar a una reforma divina, porque creo que los tiempos nos demandan esta acción.

Cuando enseño sobre la reforma, lo que estoy considerando, es sumergirnos en la esencia primaria de la Palabra. Es redescubrir los fundamentos que no se han respetado y edificar sobre ellos. La Iglesia no necesita reformas para ser novedosa, o adaptarse mejor a los tiempos que vivimos, sino que necesita reformas para volver al diseño original determinado por el Padre.

La palabra reforma, en griego, es la palabra “*Diórdsis*” y significa, nada más y nada menos, que volver a la forma. Con esto, quiero que quede bien claro, que no consideraría jamás, la posibilidad de poner nuevos fundamentos. Los apóstoles y profetas de hoy, no están para poner nuevos fundamentos. La iglesia comenzó a ser edificada bajo fundamentos apostólicos y proféticos (**Efesios 2:20**). Solo debemos volver a ellos de manera responsable.

Un fundamento es un cimiento, y eso ya ha sido establecido. Hoy no hay que poner nuevos fundamentos, sino

buscar los verdaderos fundamentos y respetarlos, porque algunos se han ignorado, y otros se han construido por medio de desviaciones doctrinales, pero en realidad, no estaban en el plano original.

La reforma que estoy considerando, no es como la reforma de una casa, en la cual, se agregan cosas nuevas, para que simplemente sea una casa mejor. No es agregar nuevas dependencias o derribar algunas paredes que no nos gustan. La reforma que considero, es la de ver la edificación de hoy y buscar el plano original. Debemos verificar lo que figura en el plano, y respetarlo de manera absoluta, porque el arquitecto es el Señor, y seguramente, no tenemos nada que agregar y nada que quitar a Su diseño.

Debemos reconocer, que en estos más de dos mil años, la Iglesia ha pasado por tremendos procesos, internos y externos. Eso ha generado que hoy, tengamos un montón de diferencias entre ministros, e instituciones. Diferencias teológicas, doctrinales y litúrgicas. Pero seamos sinceros, Dios es uno, y Su voluntad también; sin dudas, alguien le está errando, porque no todos podemos tener razón.

Creo que debemos volvernos al plano original, escudriñando las Escrituras con toda humildad. El peor enemigo de un cambio que Dios mismo quiere producir, es la soberbia humana. Hoy muchos creen estar defendiendo a Dios y Su Palabra, pero actúan con soberbia y descalifican, atacan, critican y condenan a todos los que piensan diferente a ellos, en lugar de abrir una mesa de diálogo, para debatir en

plena comunión espiritual, cuál es la voluntad de Dios, agradable y perfecta para estos tiempos (**Romanos 12:2**).

Hoy veo, a algunos ministros que se consideran de la iglesia tradicional, y atacan todo cambio de paradigma. Descalifican y condenan a todo el que hoy, puede ver algo diferente. Ellos dicen defender la Palabra, pero el problema no es la Biblia, sino la forma en la que ellos creen que debe ser interpretada.

La Escritura no es de interpretación privada (**2 Pedro 1:20**). Debemos dejar, que el Espíritu del Señor nos guíe a toda verdad y justicia (**Juan 16:13**). Esto implica, considerar la posibilidad de que, en algo, podamos estar equivocados, y si lo estamos, tener la humildad de corregir el rumbo.

Me da cierto escalofrío, el pensar que los escribas y maestros de la Ley, conocían y defendían las Escrituras como nadie, pero el día que Jesús entró en la sinagoga y se dio a conocer, lo llevaron a una montaña para matarlo (**Lucas 4:29**). Eso me genera el temor, de llegar a considerar que estoy en lo correcto respecto de todo lo que interpreto. No quiero defender mis ideas neciamente, y terminar golpeando la piedra como Moisés (**Números 20:11**).

En esa búsqueda, no puedo leer **Apocalipsis 19**, sin observar una preciosa escena celestial, y el anuncio de una cena de bodas, que es anunciada, pero que no es descrita en el cielo, y mucho menos durante la tribulación terrenal. De hecho, el mismo capítulo describe claramente la gloriosa

venida del Señor (**Apocalipsis 19:11 al 16**), Lo que sí veo, es la resistencia de los reinos terrenales contra la llegada del Señor (**Apocalipsis 19:19**).

Veo que la bestia es apresada y con ella, el falso profeta, que al final, son arrojados vivos al lago de fuego que arde con fuego y azufre (**Apocalipsis 19:20**). Veo un duro juicio de Dios sobre las naciones y sobre todos los que se oponen a Su gobierno. Luego, en el capítulo 20, veo que Satanás es atado por mil años, tiempo después del cual, es necesario que por otro poco de tiempo sea desatado nuevamente (**Apocalipsis 20:1 al 3**).

Luego veo el claro anuncio de un gobierno de mil años en el pasaje de **Apocalipsis 20:4 al 6**, citado al principio de este capítulo, y que me gustaría recordar según la versión Dios habla hoy: *“También vi tronos, y en ellos estaban sentados los que habían recibido autoridad para juzgar. Vi también, vivos, a aquellos a quienes habían cortado la cabeza por ser fieles al testimonio de Jesús y al mensaje de Dios. Ellos no habían adorado al monstruo ni a su imagen, ni se habían dejado poner su marca en la frente o en la mano. Y vi que volvieron a vivir y que reinaron con Cristo mil años. Los demás muertos no volvieron a vivir hasta después de los mil años. Esta es la primera resurrección. ¡Dichosos los que tienen parte en la primera resurrección, pues pertenecen al pueblo santo! La segunda muerte no tiene ningún poder sobre ellos; serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él los mil años”*.

La palabra griega “*ezesan*”, que significa “vivieron”, o “volvieron a vivir”, que aparece en los versículos **4** y **5**, claramente es una descripción de la resurrección física de las personas, que por no haber creído tendrán que esperar hasta después del milenio, y la resurrección de los creyentes al principio del milenio, también llamada “la primera resurrección de los muertos”.

Notemos también, que los creyentes que son parte de la primera resurrección, vienen de pasar una terrible persecución, donde muchos son asesinados, y otros tuvieron que prevalecer con fidelidad, a pesar de la perversión del sistema que será cada vez más diabólico.

Quienes creen en un raptó secreto, enseñan que estos cristianos asesinados, y los que prevalecieron en fidelidad, son los que, en su momento, fueron dejados atrás por no estar muy comprometidos, o por no estar preparados para el raptó. Personalmente, no acepto bajo ningún punto de vista, que la Iglesia, siendo el cuerpo del Nuevo Hombre, pueda estar representada por algunos santos supuestamente fieles, que disfrutarán las bodas del Cordero en el cielo, mientras que otros, no tan comprometidos, estarán siendo perseguidos, encarcelados y asesinados por la fe. Si fuera así, ¿dónde quedaría la gracia de vivir en la Justicia de Cristo?

Por supuesto, que creo que debemos estar velando, tal como las vírgenes sensatas (**Mateo 25:1 al 13**), eso es lo que enseño. Debemos estar atentos y comprometidos con el Reino, porque de lo contrario habrá consecuencias. A lo que

hago referencia, no es a esas consecuencias, sino a las bodas del Cordero, las cuales no creo que se celebren en el cielo, mientras que algunos hermanos en la fe, están siendo asesinados.

Además, debemos considerar a Israel, que necesita imperiosamente entrar al Reino por la vida de Cristo, y no por otra entrada especial, tal como algunos pretenden. No habrá distinción eterna entre judíos, o gentiles, varones o mujeres, ya que todos seremos un pueblo santo por la gracia recibida en Cristo (**Gálatas 3:28**).

Por esta simpleza del relato bíblico de **Apocalipsis 20:4 al 6**, creo en el reinado de Cristo sobre la tierra, y creo puede llegar a durar mil años a partir de Su regreso, tal como está escrito, aunque también puede significar, tal como dicen algunos un largo tiempo que Dios determinará oportunamente. Esto es posible, porque tenemos evidencia de que los tiempos bíblicos, no siempre son como los hombres podemos considerar.

Personalmente, no veo la necesidad de encontrar precisión en tal detalle, porque las interpretaciones de los tiempos proféticos, les han causado grandes errores a los mismos judíos. No podemos olvidar que, al final de las Escrituras, Jesús mismo termina diciendo: **“Ciertamente vengo en breve...”** (**Apocalipsis 22:20**), y han pasado más de dos mil años y todavía no ha regresado. Por mi parte, no hay conflicto con los tiempos de Dios, excepto aquellos

tiempos que debemos discernir por causa de que nos contienen.

También creo ese extraordinario período de gobierno divino sobre la tierra, tendrá una interrupción diabólica (**Apocalipsis 20:7**), porque Satanás, será liberado una vez más, generando un nuevo engaño en las naciones de la tierra, y una revolución mundial contra los santos y el Reino de Dios, pero al final, el Señor derramará Su ira sobre los rebeldes, y los consumirá (**Apocalipsis 20:9**).

En ese tiempo, Satanás, provocador de todos los engaños, será lanzado en el lago de fuego, donde estarán la bestia y el falso profeta; y será atormentado con ellos, día y noche, por los siglos de los siglos (**Apocalipsis 20:10**). Entonces, comenzará el gran juicio final, o el llamado gran Trono blanco, en donde los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del Trono del Señor, tendrán que dar cuenta de sí.

“Y vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”.

Apocalipsis 20:11 y 12

En ese gran juicio, se abrirán los libros de Dios, y el libro de la vida. Los muertos serán juzgados según lo que

hayan hecho, conforme a lo que esté escrito en esos libros. Entonces sí, tendremos cielos nuevos y una tierra nueva, redimida y diferente. Tampoco tenemos detalles de este futuro glorioso, pero sabiendo que todo está en manos de Dios, no tenemos más que esperar lo mejor.

Simplemente, la Biblia no da detalles de esto, solo sabemos que “nueva”, puede ser redimida tal como nosotros, que ya somos nuevas criaturas, que recibiremos un cuerpo nuevo para la redención total, y todo esto, sin dejar de ser quienes somos. O bien puede ser un cielo diferente y una tierra diferente, para lo cual el Señor tiene toda la soberanía para deshacer, o rehacer, lo que Él considera necesario. ¿Quién puede discutir eso, o poner una objeción?

De lo que sí podemos estar seguros, es que nuestra historia ciertamente continuará. Sé perfectamente, que algunos pretenden darle un final de película a la historia de la humanidad, tal como: “Y seremos felices por siempre tocando el arpa sobre las nubes”, o “Viviremos por siempre en unas casitas ubicadas en el cielo”, pero debo decirles que no creo en algo como eso. Yo veo en las Escrituras, una tierra redimida, unos cielos limpios, un futuro eterno y glorioso, que nos tendrá absolutamente activos, tanto a Dios, como a todos nosotros.

“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”.

Apocalipsis 21:4

Repasemos cronológicamente los relatos bíblicos: Hay varios acontecimientos que deben ocurrir antes que Cristo regrese: la evangelización de las naciones, la gran apostasía, la expresión del espíritu del anticristo expresado en el sistema global, y el desarrollo de la llamada tribulación, la cual deberá ser transitada por la Iglesia, bajo la hostilidad de las tinieblas y la preservación divina.

Reitero que, en mi opinión, la segunda venida de Cristo, no será un suceso en dos etapas, sino un acontecimiento único. Cuando Cristo vuelva, los creyentes que hayan muerto vendrán con Él, y los creyentes que todavía estemos vivos, (tomando la expresión de Pablo), seremos arrebatados para reunirnos en el aire y ser transformados, recibiendo cuerpos glorificados para estar siempre con el Señor.

Después de este encuentro en el aire, y esta gloriosa transformación, todos los creyentes acompañaremos a Cristo en Su descenso triunfal a la tierra. Después de ese descenso, el anticristo será vencido, y su reino opresor llegará a su fin. En este tiempo, habrá un trato muy especial de Dios con los judíos escogidos, quienes deberán reconocer al Mesías, para ser abrazados por la gracia del Señor.

Jesús gobernará de un modo visible sobre todo el mundo, y quienes somos parte de Su pueblo redimido, reinaremos con Él, tanto judíos como gentiles, sin distinción alguna. Toda diferencia dejará de ser, no habrá un pueblo

especial, solamente será el pueblo de Dios, que podrá acceder a la herencia gloriosa a través de Cristo.

Entre aquellos que gobernaremos con Cristo durante esa etapa terrenal, estaremos incluidos quienes hemos sido recientemente resucitados de entre los muertos, si es que fallecimos tiempo antes de Su venida, o en caso de estar vivos en la llegada del Señor, cuando recibiremos una transformación gloriosa, revistiéndonos de inmortalidad, pero todos estaremos juntos, y con la misma naturaleza eterna. No será así con los impíos, que a pesar de la prolongación de sus días, continuarán muriendo (**Isaías 65:20**).

Las naciones incrédulas que todavía existen sobre la tierra durante este tiempo serán conmovidas. El juicio de Dios será tremendo, tal como nunca antes se ha visto en la historia de la humanidad, y luego serán puestas bajo la autoridad de Cristo, quien las gobernará junto a sus santos con verdadera vara de hierro.

El llamado milenio, no debe ser confundido con un estado posterior, en el que morará por completo la justicia, sino que en esta etapa terrenal, el pecado y la muerte todavía existirán. El mal, sin embargo, se verá grandemente controlado, y la justicia prevalecerá sobre la tierra como nunca antes. Este será un período de justicia social, política y económica, y de gran paz y prosperidad mundial. Hasta la naturaleza reflejará la bienaventuranza de esta era, ya que la

tierra será extraordinariamente productiva y el desierto florecerá como los campos más fértiles del planeta.

Sin embargo, cumplido un tiempo determinado, que la Biblia define como mil años, Satanás, que estaba encadenado durante este período de gobierno divino, será soltado y saldrá a engañar nuevamente a las naciones. Reunirá a las naciones rebeldes para la batalla de Gog y Magog, y las guiará en un ataque sobre el campamento de los santos y la ciudad amada (**Apocalipsis 20:7 y 8**). Los rebeldes serán consumidos por fuego desde el cielo, y entonces Satanás será arrojado definitivamente en el Lago de fuego.

Una vez acabado ese período, se llevará a cabo la resurrección de los incrédulos que hayan muerto. En ese momento, tomará lugar el juicio denominado como el “Gran Trono Blanco”, en el cual todos los hombres, serán juzgados, y aquellos, cuyos nombres no fueran hallados escritos en el libro de la vida, serán arrojados al Lago de fuego junto con Satanás (**Apocalipsis 20:15**).

Después de esto, la Biblia nos permite apenas, y sin detalles, un panorama eterno, con cielos nuevos y una tierra absolutamente redimida, en donde morará la justicia de manera absolutamente plena. Ciertamente, creo, que con esto alcanza para sostener una esperanza eterna y debemos anhelarla con todo el corazón.

Al final, lo que no sabemos, lo que no entendemos, o lo que será diferente a lo que podemos imaginar, solo es el producto de nuestras lógicas limitaciones. Solo debemos

confiar que el Señor sabe lo que hace, y esa debe ser nuestra esperanza eterna. Los detalles erróneos, ajenos a nuestras doctrinas fundamentales, no ponen en juego nuestra salvación. Lo que sí debemos hacer, sin ningún tipo de dudas, es estar espiritualmente preparados en todo tiempo.

Dios dijo: “Llénense de alegría, porque voy a crear algo nuevo. Voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva. Todo lo del pasado será olvidado, y nadie lo recordará más. Voy a crear una nueva Jerusalén; será una ciudad feliz y en ella vivirá un pueblo alegre”.

Isaías 65:17 BLS



Capítulo siete

ESPERANZADOS POR LA VERDAD ETERNA

“Él ha hecho todo apropiado a su tiempo. También ha puesto la eternidad en sus corazones; sin embargo, el hombre no descubre la obra que Dios ha hecho desde el principio hasta el fin”.

Eclesiastés 3:11 LBLA

En este libro he tratado con la esperanza, pero no de cualquier esperanza, sino de la que ciertamente es eterna. Pero ¿Qué es la eternidad según las definiciones intelectuales? Bueno, según el diccionario de la Real Academia Española (DRAE) La eternidad es perpetuidad sin principio, sin sucesión ni fin. Y el Diccionario de los Hispanos (DH) dice que la eternidad es el estado de existir fuera del tiempo.

Según Wikipedia, el concepto de eternidad, del latín “*aeternitas*”, está relacionado con el de inmortalidad, se refiere, popularmente, unas veces a una duración infinita y sin límites, y otras designa una existencia sin tiempo o fuera

del tiempo. En otras palabras, al buscar una definición plana de la palabra eternidad, encontramos una firme contradicción irresuelta, porque se la vincula con el tiempo, y a la misma vez, fuera de él.

Entonces, ¿cómo puede ser que la definición de eternidad sea vinculada con el tiempo y, a la misma vez, excluida de él? Tal vez, el mayor obstáculo que encontramos con este tema es que nuestra mente es finita y nuestra dimensión de vida biológica también lo es. Por tal motivo, tratamos de dar un sentido entendible a lo que nos excede grandemente.

Sin embargo, Salomón dijo que el Señor ha puesto eternidad en nuestros corazones y yo creo, que si logramos observar todo, desde esa dimensión que ya poseemos, llegaremos a comprender con mayor plenitud, lo que significa la eternidad, porque una cosa es la mente tratando de comprender la eternidad, y otra muy diferente un corazón que la contiene.

Todos mencionan el tiempo para definir la eternidad, y Salomón dice que el tiempo es un elemento fácilmente entendible para nosotros, porque nuestra mente logra razonar con claridad todo lo que fue dado debajo del sol (**Eclesiastés 3:10 al 15**). En otras palabras, solo podemos medir las cosas desde nuestras limitadas capacidades humanas y eso es lo que primariamente utilizamos.

La eternidad, por su parte, dice Salomón, que puede ser detectada y entendida, no con la mente sino con el corazón. Lo cual considero yo, que nada tiene que ver con la razón, sino con la revelación, Y eso, justamente, es lo que debemos anhelar los hijos de la Luz.

Debemos asumir que la eternidad, es precisamente eternidad porque no tiene una medida de tiempo que la contenga; es decir, la eternidad es una dimensión que no habita en el tiempo. Es un medio en el cual se manifiesta la vida espiritual, y puede ser habitada por el tiempo, pero su existencia dentro de ella, tampoco define absolutamente nada.

Entonces, para nosotros, la eternidad debe ser una idea contraria a la racionalidad y la experiencia. Las Escrituras nos aseguran que Dios es el mismo ayer, hoy y por los siglos, pero esta, tal vez, es una expresión sencilla que busca nuestro entendimiento racional. Es lo mismo que nos dijera, bajo la limitación del lenguaje humano, que Dios es por siempre, pero en realidad, la idea no es que Dios durará mucho, sino que Dios es Eterno y eso implica revelación, no racionalidad.

Esta idea de la eternidad nos resulta contradictoria entre la razón y la revelación, porque nosotros, y todos los que nos rodean, nos desgastamos, nos debilitamos, envejecemos y sabemos que vamos a morir. Nuestra vida es limitada y por tal motivo, utilizamos el tiempo, como el elemento más conocido por el cual tendemos a medir todas nuestras experiencias.

Nosotros, sabemos que hemos tenido un inicio de vida y el mismo, figura en nuestro documento de identidad. Por experiencia sabemos que también tendremos un día final. Esto es así para todos, y la Biblia incluso nos dice en **Mateo 6:27** “¿*Quién de ustedes, por mucho que se preocupe, puede añadir una sola hora al curso de su vida?*” (NVI). Tal potestad no le es dada al hombre. Eso nos hace finitos y nos asusta, pero es parte de nuestra realidad.

De pronto, nos alcanzó la gracia de Cristo, y al recibir Su vida, recibimos la eternidad, porque Él es Eterno. Luego nos llega la dificultad de tratar de definir eternidad, y recurrimos a las precarias herramientas de nuestro saber. Es entonces que solo terminamos repitiendo que somos eternos, pero no comprendemos muy bien lo que realmente significa.

Es clave para nuestra madurez espiritual, que se nos revele el cambio de dimensiones que hemos recibido, porque el evangelio del Reino, No es una invitación a practicar una religión nueva, o simples rituales de fe. Es la muerte y la resurrección para una vida nueva. La eternidad es lo contrario a lo que experimentamos en nuestras vidas físicas y por tal motivo, si nos quedamos en los razonamientos naturales, perderemos la revelación.

***“Dios se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo:
Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi
misericordia”***

Jeremías 31:3

En Cristo, la eternidad acunada en nuestro corazón debe volverse una realidad espiritual que podamos disfrutar hoy y, y si bien podemos celebrar las promesas y los diseños futuros, el Reino es ahora en nosotros y hasta la eternidad. Considerando que todo se irá perfeccionando según podamos avanzar en Él.

Cuando comenzamos a madurar en nuestra vida espiritual, comenzamos a comprender que recibir la vida eterna no fue un suceso para nosotros. Somos el resultado de un diseño divino, que comenzó mucho antes de nuestra existencia física, y como hemos visto, continuará mucho más allá de eso. Por ejemplo: El apóstol Pablo contó en más de una ocasión el momento en el cual tuvo un encuentro con el Señor camino a Damasco (**Hechos 9:1 al 19; Hechos 22:6 al 16 y Hechos 26:12 al 18**).

Sin dudas, ese día, fue trascendente para la vida de Saulo y ciertamente dejó bien en claro, que hubo un antes y un después de ese suceso camino a Damasco. Sin embargo, con el paso del tiempo, comprendió que ese día, había sido el resultado de un propósito anterior, por eso escribió: *“Cuando Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar a su Hijo en mí...”* (Gálatas 1:15).

En este caso, Pablo comprendió que el suceso camino a Damasco, fue el resultado de algo que ya había acontecido en la dimensión de la eternidad. De hecho, luego escribió algo, aún más trascendente: *“Según nos escogió en él antes*

de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él...” (Efesios 1:4). Aquí vemos que el apóstol, había entrado en la revelación de la eternidad, y había comprendido su realidad, más allá de su tiempo cronos. Se le reveló que lo que estaba viviendo era la vida eterna. Cuando Pablo comprendió esto respecto del supuesto pasado, dejó de preocuparse del supuesto futuro. Porque así es la vida eterna.

“Si vivo, quiero hacerlo para servir a Cristo, pero si muero, salgo ganando. En realidad, no sé qué es mejor, y me cuesta mucho trabajo elegir. En caso de seguir con vida, puedo serle útil a Dios aquí en la tierra; pero si muero, iré a reunirme con Jesucristo, lo cual es mil veces mejor...”

Filipenses 1:21 y 22

La revelación de la vida eterna que ya portaba, hizo declarar a Pablo, que su vida espiritual, no comenzó camino a Damasco, ni desde el vientre de su madre, sino antes de la fundación del mundo. Así también, llegó a comprender, que no terminaría cuando su corazón dejara de latir, ni aun si lo condenaran a muerte, como ocurrió años después, sino que seguiría absolutamente vivo y pleno, más allá de lo que los demás pudieran considerar como su muerte. Bajo ese entendimiento le escribió a Timoteo:

“Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me

está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día...”

2 Timoteo 4:6 al 8

Es claro que Pablo no pensaba ver el fin al momento de ser sacrificado. La revelación en su vida, fue progresiva, le hizo comprender que él, ya tenía la vida eterna, por lo tanto, no tenía algo que comenzó con su nacimiento, ni algo que terminaría con su muerte. Era eterna, por lo tanto, siempre fue en Dios y siempre será en Dios.

“Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí...”

Gálatas 2:20 RVC

La vida en Cristo es gloriosa, porque nos mete en la eternidad y dejamos de ser lo que creímos ser, para ser en Él eternamente. Lo cual nos saca del tiempo cronos, para vivir en una dimensión sin principio, ni final, porque cuando Él fue, nosotros fuimos en Él. Eso es eternidad.

Lo maravilloso de esta revelación, es que llegamos a comprender que siempre hemos estado en el corazón de Dios, aun antes de nuestro nacimiento ya éramos en Él. En esta eternidad, la sabiduría de Dios ha estado presente y oculta a los hombres, pero destinada para nuestra gloria (**1 Corintios 2:7**), para que podamos regocijarnos en Él.

La revelación de la eternidad, nos saca de unos pocos y difíciles años, introduciéndonos a una vida trascendente, sin principio ni final. Esto es glorioso y Pablo llegó a comprenderlo muy bien. Por eso, no se frustró con las adversidades que tuvo que enfrentar. No se frustró con la hostilidad de su entorno, ni con sus limitaciones físicas. Él sabía que nada comenzaba, y que nada terminaba ahí.

“Por tanto, no desmayamos; antes, aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior, no obstante, se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas...”

2 Corintios 4:16 al 18

El Señor, nos traiga revelación en este tiempo, de lo que significa la eternidad. Y espero que al comprender sus dimensiones, el mismo tiempo que pareciera contenernos, sea deshecho, para que seamos verdaderamente libres de las presiones de hoy, y lleguemos a gozarnos en lo que viene por delante para nuestras vidas.

Sin dudas, el tiempo nos presiona y nos aprisiona. Es tirano, es cruel y parece limitado. Vivimos con la certeza de tener un terrible límite que no podemos romper. No podemos acumular tiempo y ahorrarlo. Tampoco podemos ignorarlo, porque no sería sabio administrar mal semejante limitación.

Sin embargo, en la revelación de la eternidad, el tiempo deja de ser un problema. Lo seguimos respetando, y administrando con sabiduría durante los días de nuestra carne. Pero nada es igual, porque aprendemos que nada se termina en la eternidad. Se termina el cuerpo, porque el cuerpo es de muerte (**Romanos 7:24**), pero no se termina el verdadero ser en Cristo, ni se cancelan sus diseños eternos.

Si esta verdad no nos llena de gozo, nada lo hará. La iglesia se está perdiendo el disfrute de esta revelación. Y creo que no alcanzará la verdadera libertad, hasta no vivir en la dimensión de la vida eterna.

***“Tu palabra, Señor, es eterna,
Y está firme en los cielos”***

Salmo 119:89 NVI

La Palabra de Dios es la que nos muestra la esperanza eterna. En el comienzo de todo, en la eternidad misma, antes que el tiempo existiera, estaba la Palabra y seguirá estando hasta el fin, por eso Jesús dijo: ***“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”*** (Mateo 24:35). Cristo es la Palabra, Él es la expresión de Dios en el universo, por eso Juan escribió: ***“En el principio era la Palabra y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios”*** (Juan 1:1 BLS).

Esto es maravilloso, pero también desafiante, porque es la Palabra, la que nos conecta con la dimensión de la Eternidad. Si podemos ver esto, dejaremos de ver la Palabra como un libro, o de escuchar un sermón como un consejo. La

impartición de la Palabra es la impartición de vida en la dimensión eterna.

Cuando alguien quiere utilizar la Palabra, como un impulso o estímulo para sus emociones, está tomando lo que es del Espíritu y está tratando de utilizarlo de manera natural. Por otra parte, es cierto que todo nuestro ser es beneficiado por la impartición, porque somos seres integrales, pero no me estoy refiriendo a los beneficios, sino a la recepción errónea que podemos tener de la Palabra.

Algunos hermanos de buenas intenciones, que llegan a la Biblia, pero no se conectan con ella a través de una profunda comunión con el Espíritu. Pueden caer en un patrón de conductas aprendidas, pero eso nada tiene que ver con la fe verdadera, ni con el ingreso a las dimensiones de la eternidad, para lo cual, necesitamos la revelación que solo el Espíritu Santo puede otorgarnos.

El término "revelación" simplemente significa que Dios nos corre algunos velos del alma y nos muestra Su voluntad, y la forma de avanzar en plena comunión con Él. Estas son cosas que no podríamos haber conocido si Dios, no las hubiera revelado por medio de la Biblia. Por eso debemos valorarla, estudiarla, escudriñarla, pero todo bajo la dependencia y supervisión del Espíritu.

La Biblia es realmente la Palabra de Dios, entonces, vivificada por el Espíritu, es la última autoridad para todos los asuntos de la fe. No puede haber duda acerca del hecho

de que la Biblia afirma ser la misma Palabra de Dios, en **2 Timoteo 3:16 al 17** dice: *“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”*.

Todo lo que Dios hace y dice es eterno, por lo tanto, cuando recibimos una Palabra suya, vivificada por el Espíritu, estamos oyendo eternidad, estamos creyendo lo eterno, y nos estamos introduciendo a sus dimensiones por medio de la fe.

Cristo trajo la eternidad a la dimensión de los hombres, donde vivimos en las limitaciones del tiempo. El Verbo se hizo carne y entró al tiempo, pero por causa de su esencia sin pecado, la muerte no lo pudo retener, porque la esencia de Dios es eterna y la vida de Cristo es eterna, por eso Cristo nos terminó trasladando en Él, a la eternidad del Reino.

El Reino es eterno, y ya está en nosotros, porque ya tenemos la vida eterna en Cristo, y es una vida que permanece en la comunión y la obediencia a Dios. En parte vemos y en parte no, todavía estamos en un cuerpo de muerte, todavía luchamos con las concupiscencias de nuestro ser, todavía caminamos con las arrastras, que es el adelanto de nuestra herencia, pero la plenitud está reservada y un día nos llegará (**1 Pedro 1:4**), esa es nuestra esperanza eterna.

Servir al Rey eterno, tiene implicaciones para nuestro hoy, porque somos llevados por Su Espíritu y Su Palabra a

caminar en obediencia, a buscar Su perfecta voluntad en todas las cosas. Esto nos mete en hostilidades con el enemigo, porque el Reino de Dios sufre violencia y los violentos, tratan de impedir que Dios gobierne (**Mateo 11:12**).

Los hijos del Rey, somos reyes llamados a vivir como nuevas criaturas, representando a Jesucristo aquí y ahora, mientras tenemos puesta la mirada en el destino eterno, y en los diseños futuros, preparados por el Padre.

El Reino no es democracia, ni política humana. La iglesia no debe conquistar el mundo y mucho menos los sistemas gubernamentales del mismo. Estos son perversos y jamás serán redimidos. La iglesia vive bajo gobierno espiritual y ejerce su autoridad desde ese ámbito. Luego sí, es bueno que estemos en todos los estratos de la sociedad, pero, los fundamentos de nuestra vida son espirituales, porque primeramente somos ciudadanos del Reino.

La iglesia tendrá que superar toda presión externa de los sistemas diabólicos, y el intento fatal del Nuevo Orden Mundial. Sin embargo, tenemos las promesas y la certeza de que vamos a superar toda presión y vamos a esperar con fidelidad la venida de nuestro Rey.

En tanto que el Rey viene, debemos avanzar manifestando Su gobierno desde nuestro espíritu, y en todo ámbito asignado. Es decir, matrimonio, hijos, familia en general, amistades, trabajo, bienes, servicios y toda

administración debe ser desarrollada correctamente porque vivimos bajo el gobierno de Dios.

Si caminamos con fidelidad, ni las tinieblas, ni las presiones, ni la muerte, ni absolutamente nada podrá evitar el avance del Reino hasta la plenitud. Nuestro Rey ya está en nuestros corazones, ya reina en su iglesia y vendrá para todo el mundo, y reinará plenamente sobre toda Su creación.

“Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, Y toda lengua confesará a Dios”

Romanos 14:11

El Reino es más grande que los hombres y más grande que la Iglesia. El Reino es eterno; por lo tanto, no es algo que existía o existirá algún día. Reitero este concepto fundamental: El Reino es eterno, por lo tanto, nada tiene que ver con el tiempo, sino con una dimensión, que es espiritual y en la que lo perfecto permanece.

“Pero al mundo le queda todavía la esperanza de ser liberado de su destrucción. Tiene la esperanza de compartir la maravillosa libertad de los hijos de Dios”

Romanos 8:20 y 21

El Reino de los cielos es la justicia verdadera, es la paz revelada y el gozo interior (**Romanos 14:17**). La gente en todas partes está buscando estas cosas, aunque no reconozcan su necesidad, todos quieren justicia, paz y gozo. Yo creo que los campos están listos para la cosecha. Solo debemos

asegurarnos de estar predicando el evangelio verdadero y no otra cosa.

Hoy la gente vive preocupada por sus cuestiones personales, pero nosotros, como embajadores del Reino, debemos estar enfocados solamente en los intereses de nuestro Rey. Si lo hacemos así, Él nos garantiza que se ocupará de nuestros intereses en la tierra.

El Reino de los cielos nos pertenece como derecho legal, no tiene nada que ver con lo emocional. Somos hijos de Dios y coherederos con Cristo. Hoy vivimos las arras de dicha herencia, por eso es probable que atravesemos muchas dificultades, sin embargo, nos espera una herencia incorruptible y por eso debemos madurar para usufructuar los derechos de hoy, y para vivir en la plenitud de la fe, sabiendo lo que vendrá.

Como ciudadanos del Reino, podemos contar con todos los recursos necesarios para ayudarnos a vivir en victoria, y para consumir el propósito eterno que tenemos en Cristo. Hay cristianos que se frustran, porque desean cosas y no las pueden obtener. Luego dudan si la fe realmente funciona, pero en realidad, lo que les ocurre, es que ninguno de sus deseos está vinculado con el Reino, por lo tanto, no utilizan el derecho legal de la eternidad, solo están procurando alcanzar sus deseos, y así no funciona el Reino.

En la tierra, las leyes gubernamentales cambian permanentemente, los debates políticos nunca cesan, sin

embargo, en el Reino de Dios no ocurre lo mismo, ya que está fundado sobre principios que son eternos, por lo tanto, nunca se desvanecen o cambian. Esto es maravilloso porque nos permite la estabilidad y la proyección eterna. En la sociedad de hoy, hay tanta inseguridad que todo proyecto es a corto plazo, porque nunca se sabe qué pasará mañana, pero en el Reino hay estabilidad. Y cuando Dios nos propone un cambio, este no surge desde una novedosa necesidad, sino dese un diseño eterno, y aunque para nosotros parezca nuevo, en el Reino de la eternidad, aquello que fue, ya es; y lo que ha de ser, fue ya (**Ecclasiastés 3:15**).

Como hijos reales de nuestro Padre celestial, debemos tomar el control de nuestras circunstancias en vez de ser esclavizados por ellas. Hay gente que no sabe muy bien de qué manera se manifiesta el Reino a través de nosotros, por lo tanto, oran y luego esperan que Dios haga algo. Sin embargo, esto no funciona así, debemos ser gobernados para gobernar y eso implica sabiduría espiritual y poder de gestión. Hacer esto, es clave para sostenernos en esperanza.

Este mundo no terminará en manos de Satanás y nosotros viviendo sobre una nube como muchos piensan, nuestra redención y la de la creación será completada, y viviremos en esa plenitud eternamente. Lo haremos gracias a Jesucristo y su obra redentora, al maravilloso Espíritu Santo que intervino en todo, y al Padre, que simplemente nos amó y nos ha permitido ser parte de Sus gloriosos diseños. Esa es nuestra esperanza eterna.

***“Dios mío, ¡tu amor es incomparable!
Bajo tu sombra protectora todos hallamos refugio.
Con la abundancia de tu casa nos dejas satisfechos;
en tu río de bendiciones apagas nuestra sed.
Sólo en ti se encuentra la fuente de la vida,
y sólo en tu presencia podemos ver la luz.”***
Salmo 36:7 al 9



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda

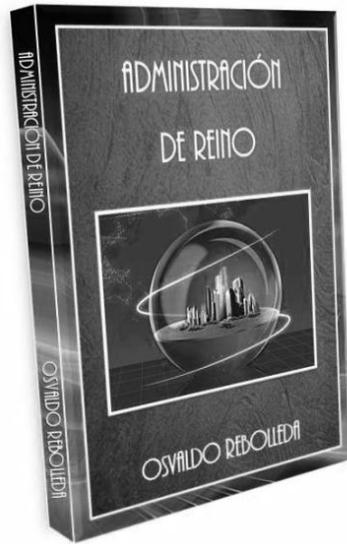
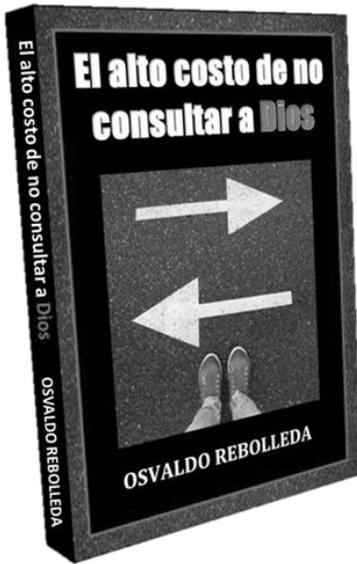


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

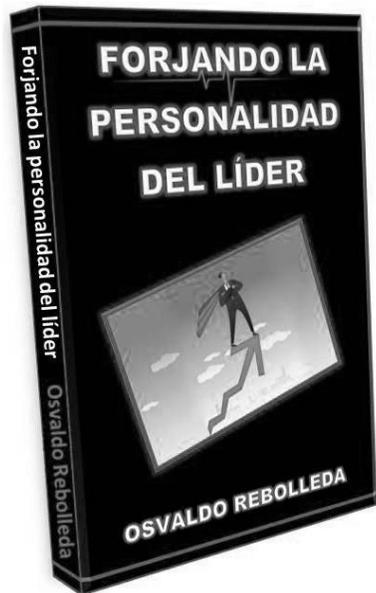
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

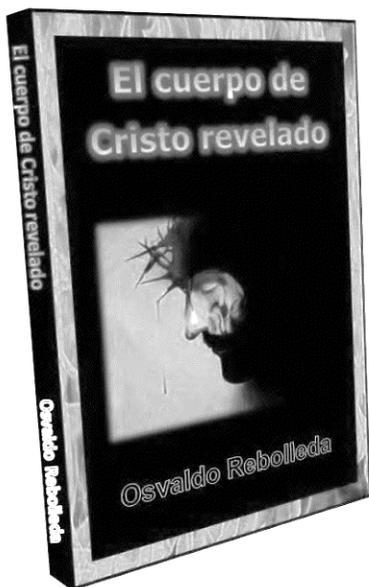
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



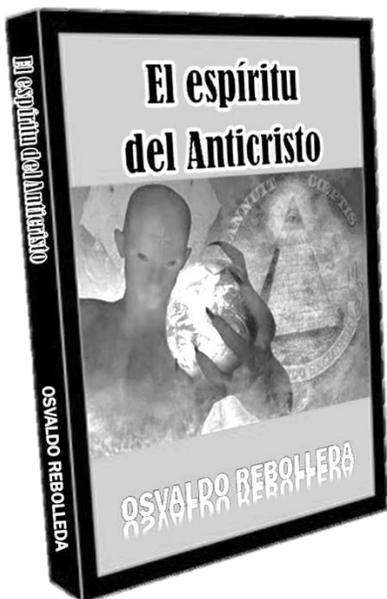
www.osvaldorebolleda.com



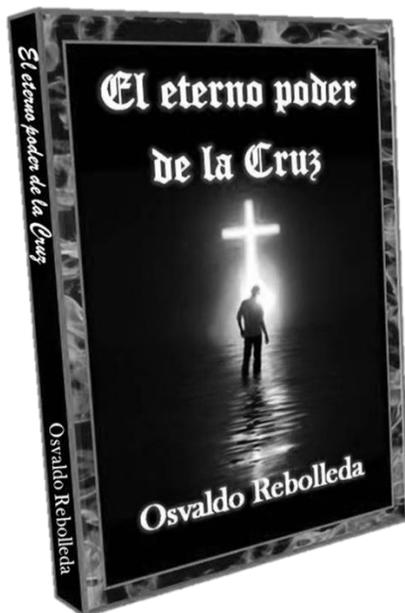
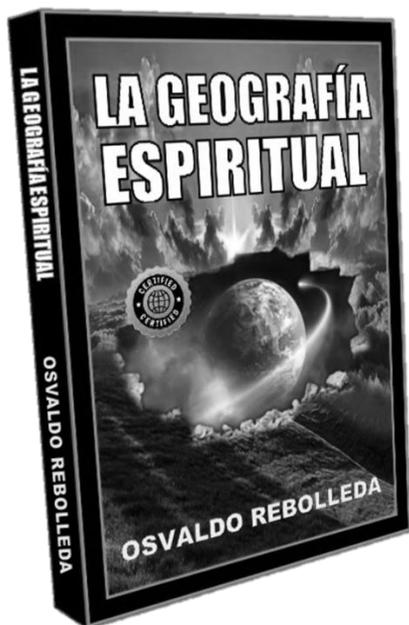


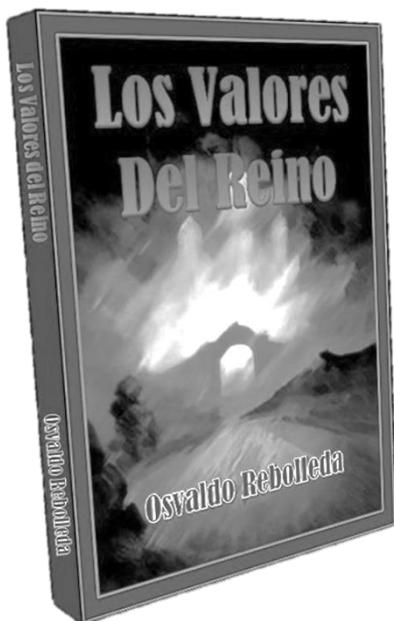
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

